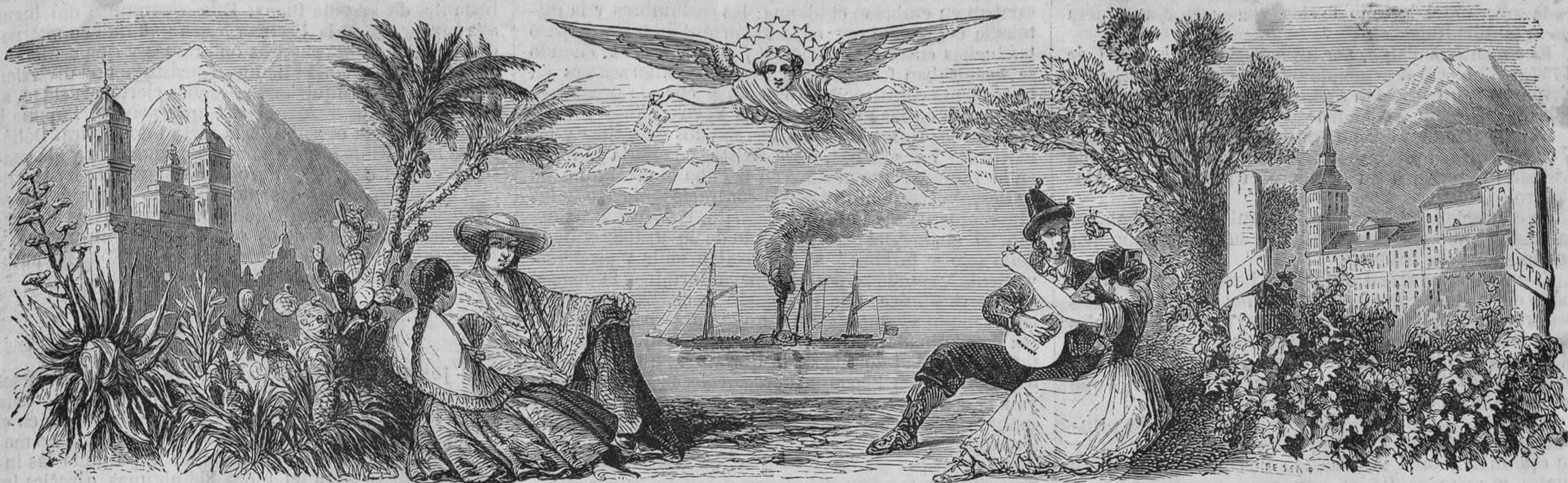


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1855. — TOMO V.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 14. — N° 118.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

El emperador Alejandro II y la emperatriz de Rusia; grabados. — Estudio sobre el teatro de Plauto y de Terencio. — Correspondencia de Crimea; grabados. — Revista de Paris — Reminiscencias. — Los antiguos cuatro elementos; grabados. — La Casdani. — Revista de la moda. — El general Castilla; grabados. — El grillo doméstico. — Un periódico de California; grabados.

El emperador Alejandro II y la emperatriz de Rusia.

Alejandro II nació el 29 de abril de 1818 en San Petersburgo.

La alegría que su padre sintió á su nacimiento se revela en la carta siguiente dirigida al metropolitano de Moscou, Agustin :

« Santísimo prelado :

» Con el temor de un débil mortal, pero tambien con la esperanza de un cristiano fiel, he visto acercarse el momento mas decisivo de mi vida. Incierto sobre lo

que me reservaba la Providencia, tranquilicé mi alma con un voto religioso, y esperé con resignacion la voluntad de Dios.

» La divina Providencia quiso hacerme probar la dicha de ser padre, y quiso conservar á la madre y al hijo. — El voto que me apresurará á llenar es el de erigir bajo la invocacion de Alejandro Newski una capilla en la iglesia de la nueva Jerusalem : es la humilde ofrenda de un padre dichoso que confia al Omnipotente su bien mas apreciado, el destino de su mujer y de su hijo.

» Vos, Eminencia, seréis mi ayuda y mi guia en el cumplimiento de un voto tan caro á mi corazon; diríjense al cielo fervientes plegarias por la madre y el



Alejandro II, emperador de Rusia, nacido el 29 de abril de 1818, casado con la cesareyna y gran-duquesa María Alejandrowna, ántes Maximiliana-Wilhelmina-Augusta-Sofía, nacida el 8 de mayo de 1824, hija del difunto Luis II, gran-duque de Hesse.

hijo, al pié de ese altar elevado por el reconocimiento de un padre, y que el Altísimo prolongue sus días para la felicidad, para el servicio del soberano, para la honra y el bien de la patria.

» Os pide vuestra bendición, etc., etc. »

Pedro I combatido en sus proyectos por Alejo, abandonó, mediante un ukase de 16 de febrero de 1722, á cada soberano el derecho de elegir su sucesor, aun fuera de la familia imperial.

El emperador Pablo, por un acto de 16 de abril de 1797, restableció el principio de herencia por orden de primogenitura, decision que confirmó en 1807 su sucesor el emperador Alejandro.

Nicolás al subir al trono confirmó esta serie de actos, y ordenó que se prestase juramento de fidelidad no sólo á él sino también á su heredero el gran duque Alejandro.

La educacion del heredero fué confiada á un hombre tan distinguido por la elevacion de sus ideas como por sus talentos, era Jukowsky.

El gran duque en su calidad de heredero y acompañado del príncipe de Lieven y de una corte de grandes señores, visitó en 1840 la mayor parte de las capitales de la Europa, donde pasó revistas militares; en Roma, el papa seducido con las muestras de munificencia que habia dejado en todas partes á su paso, le dijo « que habia conquistado todos los corazones. »

En 1841, el gran duque heredero se casó con la princesa María, hija del gran duque de Hesse-Darmstadt, y de este matrimonio han nacido dos príncipes, de los cuales el primogénito es hoy gran duque heredero, bajo el nombre de Nicolás Alejandrowitch.

El emperador Nicolás se complacía mucho mostrándolos á su guardia en las revistas; ambos llevaban uniforme, el uno de granadero del regimiento de Preobajenski: marchaban militarmente á los lados del Emperador.

Desde la muerte del gran duque Miguel, el emperador actual habia reemplazado á su tío en los grandes mandos que el emperador Nicolás habia confiado á su hermano; asistía al consejo, y pasaba por estar asociado al imperio.

En 1851 mereció la mas alta distincion militar de Rusia en una expedicion que mandó contra los circasianos, y en la que se defendió con la espada en la mano.

Una dama de honor de la nueva emperatriz decia de ella que « seria la virtud y la inteligencia sobre el trono. »

ESTUDIO

SOBRE EL TEATRO DE PLAUTO Y DE TERENCEO.

Artículo primero.

INTRODUCCION.

OJEADA SOBRE LA LITERATURA LATINA EN GENERAL.

« Desde el dia en que la Grecia, renunciando á sus discordias, se entregó á dulces ocios y se dejó halagar por la fortuna, viósele arrastrada, ora por la aficion á las luchas de los atletas, ora por su pasion hacia las carreras de caballos; unas veces el mármol, el marfil y el bronce se animaron bajo el cincel de sus artistas predilectos, y una tabla pintada fascinó, con su muda elocuencia, sus ojos y su mente; otras, apoderáronse de ella los músicos y los actores. No de otra manera la tierna doncella concluye por olvidar lo mismo que ansió impaciente, cuando se entregaba, á la vista de su nodriza, á sus recreos infantiles. ¿Hay en efecto algo duradero de todo cuanto nos causa en el mundo disgusto ó placer? »

En Roma no se conocieron durante mucho tiempo mas placeres que los de abrir desde el amanecer á los parásitos la puerta de la calle, conducir á los clientes por el confuso laberinto de las leyes, colocar el dinero á préstamo con la mejor garantia posible y aprender de los ancianos y enseñar á los mozos el modo de aumentar el caudal y dar de mano á dispendiosas locuras. ¿Qué revolucion desde entonces! exclamaba Horacio. Hoy subyuga al pueblo inconstante la manía de escribir: los jóvenes, los severos ancianos no se sientan ya á la mesa sin llevar las sienas ceñidas de flores si no tienen versos que recitar. »

Estas palabras que el gran poeta Venusino dirigia á Augusto, censurando á los visionarios que se habian declarado apologistas acérrimos de la pretendida literatura de los tiempos antiguos, encerraban á pesar de su picante exageracion un gran fondo de verdad; pero no habia ciertamente necesidad de rebajar á la señora del mundo, á la Roma del Foro y del Capitolio, ni de representarla como vestida en traje de casa y con desaliño en medio de sus habituales quehaceres y de las prosáicas ocupaciones de la vida comun, para demostrar lo que podia demostrarse mejor considerándola en toda su grandeza y majestad históricas, y lo que constituye hoy para nosotros una verdad trivial, á saber: que el siglo de Augusto fué en Roma el siglo de oro de las letras, así como el de Pericles lo fué para la Grecia, despues del reposo de cinco siglos, fecundos en poetas de segundo orden, en que á la muerte de Homero y de Hesiodo quedaron sumergidos. Porque si es una ver-

dad demostrada que la historia de la literatura sigue constantemente las huellas y las vicisitudes de la historia religiosa, política y civil de los pueblos, ¿qué literatura podia desarrollarse en Roma, ántes de hallarse constituida la que llamariamos hoy su nacionalidad; cuando no se habian amalgamado aun las antiguas civilizaciones de los distintos pueblos del Lacio; cuando estaban en embrión el idioma, las costumbres y la mitología del pueblo rey; cuando germinaban á cada paso las luchas entre los patricios y los plebeyos; cuando se verificaban frecuentes y profundas alteraciones en la naciente constitucion romana, y cuando pugnaban sus armas en las guerras con los Veyos, Equos y Volscos, con los Galos Cisalpinos y con los Samnitas y los Etruscos? Y si además, nada existe, por regla general, en lo humano que alcance en la cuna el maximum de su desenvolvimiento; si por el contrario los hechos y las ideas, el lenguaje hablado y escrito, la locucion, el estilo, el gusto y el conocimiento de lo grande y de lo bello sólo se forman y se desarrollan lenta y progresivamente, ¿cómo era posible que al terminar la primera guerra púnica, que es cuando la civilizacion y las letras romanas empezaban á presentarse bajo una forma determinada, alcanzasen toda su madurez y se anticipase la edad dorada de la literatura, que, sin duda ninguna, habia hecho esfuerzos colosales al ofrecerse ya á la consideracion como una brillante crisálida, susceptible de los mas vivos colores y de las mas elegantes formas?

Ni los *anales de los Pontífices*, simples anotaciones que estos hacian en estilo breve y conciso y por el orden de fechas de los acontecimientos mas notables, pero á los que sin embargo acudieron como á las fuentes primitivas de la historia Polibio, Varron, Ciceron, Dionisio de Halicarnaso, Tito Livio, Aulo Gellio y otros; ni los *libros sagrados ó rituales*, probablemente los *libros sibílinos* de misterioso origen, fecundados en fórmulas, tales como aquella célebre: « *Jubes ne me, rex. cum patre patrato populi Albani fadus ferire;* » consultados en las grandes necesidades de la monarquia y de la república, y salvados por los sacerdotes y vestales del saqueo y de la desolacion de Roma en la invasion de Breno; ni los cantos de los *doce sacerdotes arvales* al invocar en su latin bárbaro la proteccion de los Lares, el beneficio de las lluvias y la prosperidad de los campos, y cuyos versos ininteligibles no pueden reputarse traducidos hasta el dia, á pesar de los esfuerzos hechos por Lauri, Hermann, Grotfend y Muller; ni los *cantos* que entonaban los *sacerdotes salianos* en derredor del *ara máxima*, coronados con el laurel del Aventino, y que en vano intentó traducir también el retórico Etio que tuvo que pasar por alto muchos lugares oscuros « *et praterita obscura multa;* » ni las leyes de las doce tablas, ni la inscripcion de la tumba de Escipion Barbat, aunque en aquellas y en esta se adviertan ya la energía, el laconismo y la gravedad de estilo que constituyeron despues las principales bellezas de la lengua latina; ni por último las dudosas ó poco auténticas profecias de Sabor griego, del adivino Marcio, escasas reliquias todas del antiguo idioma del pueblo rey, son suficientes á revelarnos el género de literatura que hubiera podido brotar en este terreno de aluvion, como consecuencia de todos estos ensayos trabajosamente elaborados durante una serie de cinco siglos, y entre los cuales sólo tenemos noticias de algunos por haberse referido á ellos los historiadores, y los otros se nos presentan envueltos en el misterio y como otros tantos logogrifos.

Porque en efecto, como dice Varron, hablando de la dificultad inmensa de descifrar los cantos de los salianos, « ¿cómo podrias argüir á un escritor porque no investigó quiénes fueron el cuarto ó quinto abuelo de un hombre célebre, cuando tú no sabes quizá cómo se llamó la madre de los tuyos? Pues este período apenas comprende la mitad del tiempo que nos separa de la época en que fueron compuestos los cantos *salianos* y en que se hicieron los primeros ensayos de la poesia romana. » Al citar estas palabras; que no podríamos decir hoy nosotros que nos hallamos de Varron, del que consideraba indescifrables por su antigüedad los primeros destellos de la poesia latina, á una distancia de veinte siglos!

Un escritor francés de nuestros dias y cuyas obras, aunque puramente elementales, son notables por mas de un concepto, pero muy especialmente por su método eminentemente sintético y por su ingenio clasificador y concienzudo en la exposicion de los hechos, dice que las poesias romanas mas antiguas, toscas y rudas bajo la triple consideracion del fondo, de la lengua y del metro, fueron los cantos líricos, los cantos dramáticos y las epopeyas históricas. A la primera clase refiere los himnos religiosos de los *Salianos*, los de los hermanos *Arvales* y las *profecias* de Marcio de que se ha hablado ya, y á la segunda las poesias *fescenninas* y las *atellanas*, entre las que deben interpolarse las sátiras que omite citar, aunque no se alcanza el motivo.

La índole de estos artículos y su objeto bien merecen que se haga aquí una pausa para examinar qué cosa fueron estos primeros ensayos de la musa dramática de los romanos, si es que el nombre de *dramática* no envuelve en este caso una verdadera profanacion. Afortunadamente Horacio y Tito Livio no nos consentirán vagar mucho tiempo por el campo de las conjeturas, ya se trate de indagar el origen, ya se les exija la crítica de aquellas composiciones que no han llegado hasta nosotros, ya se intente escudriñar la influencia que pudieron tener sobre el origen del teatro latino.

Los antiguos labradores, fuertes y dichosos á poca

costa, concluida la recoleccion de los frutos y llegado el tiempo de las fiestas, solazaban su cuerpo y su espíritu sostenidos hasta entónces en las rudas faenas con la esperanza de su próximo fin, en union con sus compañeros de trabajo, con sus hijos y con sus fieles esposas, ofreciendo una puerca á la Tierra, leche á Silvano y flores y vino al genio que preside y cuenta los instantes de la vida fugaz. Esta costumbre dió lugar á la invencion de la licencia *fescennina* que en alternados versos prodigó rústicos epigramas y que arraigándose su libertad con el tiempo, constituyó una diversion inocente; pero adquiriendo despues cierta crueldad, se convirtió en furor manifiesto, que penetró impune y amenazador en el asilo de la virtud doméstica. Doliéronse los lastimados con la sátira sangrienta y alarmáronse con el comun peligro los mismos que hasta entónces fueron respetados; lo cual dió lugar á que se publicase una ley, imponiendo severas penas á cuantos osasen ofender á otros con canciones injuriosas, y á que, por el temor del azote, bajasen de tono los autores, limitándose á escribir bien para deleitar.

..... *Vetere modum formidine fusti;
Ad benedicendum delectandumque redacti.*

El jurisconsulto Godofredo se fundó en estos versos para suponer que la pena de azotes fué la impuesta por la ley de las XII Tablas, á los que incurrian en el hecho de que habla Horacio, y si bien los críticos modernos Haubold Dirksen y Zell han expurgado las investigaciones de aquel autor de algunas especies un tanto aventuradas con que habia ido restaurando el trabajo legislativo de los decenviros, para presentárnosle en su pretendida pureza, substituyendo á las disposiciones perdidas los pasajes de los autores en que se hallan mencionadas; y si con este motivo en lugar del « *juste ferito* » que era la sancion penal de la ley, segun Godofredo apoyado en el texto de Horacio, se han limitado á citar el pasaje de Ciceron en que se lee: « *Nostra contra XII tabulae quum perpaucas res capite sancissent, in his hanc quoque sancendam putaverunt* » es lo cierto que muy graves debieron de ser los estragos que con el pretexto de aquellas fiestas campestres hiciese la maledicencia, cuando hubo necesidad de atajar el mal con penas que ora fuesen la de azotes ó la de muerte eran en cualquier caso harto severas.

Montesquieu atribuye esta dureza al conato de los decenviros de echar abajo las instituciones libres por que se regia á la sazón Roma, temiendo al mismo tiempo, como era lógico, que advertido el pueblo con los escritos de los poetas volviese á recobrar su antiguo espíritu de libertad. Todo pudo ser, que acaso los cantos *fescenninos*, saturándose del espíritu de la época, abandonarían los campos y penetrarían en la ciudad, para censurar agriamente, no ya las costumbres privadas de la multitud y los vicios y defectos del rústico labriego de *Tusculum* ó de *Laurentum*, sino los de los personajes políticos, los de los susceptibles patricios y graves senadores que tenían en sus manos la suerte de la república y en cuya humillacion se gozó siempre el pueblo de los Gracos.

El origen del nombre de *fescenninas* que se dió á estas poesias tomadas de los Etruscos y de los Faliscos, se deriva segun unos de *Fescennia*, ciudad de la Campania, hoy *ciudad castellana*, y segun otros de *Farcinus*, dios de los sortilegios, que tales cantos tenían la virtud de conjurar.

Los versos *fescenninos* no tenían mas medida que el canto, esto es, eran versos rítmicos, mas no métricos; pero su verdadera forma es hoy enteramente desconocida, no habiendo llegado hasta nosotros ningun monumento que nos ilustre sobre esta materia. Contra esta opinion del gramático Servio, creen otros que los cantos *fescenninos* estuviesen escritos en versos saturnios, los cuales constaban de dos partes, la una yámbica compuesta de tres yambos y una sílaba larga, y la otra de tres troqueos. Los versos *saturnios* eran así llamados por razon del metro y por razon de la extrema libertad que este género ofrecia á los poetas. A esta opinion parece dar algun peso los siguientes versos de Horacio:

..... *sic horridus ille
Deflavit numerus Saturninius, et grave virus
Munditiæ populere. Sed in longum tamen ævum
Manserunt hodieque manent vestigia ruris.*

Aunque se ignora en qué se diferenciarían en todo caso los versos *fescenninos* de los *saturnios* que juntos constituían á la sazón toda la poesia de la Italia, parece no obstante que los primeros se usaban en las fiestas en que reinaba la alegría, en la cena nupcial en el triunfo; conservando su antigua licencia y su mordacidad, como se observa en aquellos célebres pronunciados en la entrada triunfal de Julio César: « *Guardad vuestras mujeres, ciudadanos, que os traemos con nosotros al calor amartelado y galán;* » mientras que los versos *saturnios* parecían á los romanos mas propios para los asuntos graves y religiosos. Quizá la diferencia entre unos y otros consistiría mas en el fondo que en la forma, viniendo á ser unos en cuanto al ritmo y al metro. Esta opinion conciliaría lo que se deduce de Horacio con la asercion del célebre gramático del siglo V. Lo indudable es que la rudeza, la irregularidad en la forma, el desorden en los pensamientos, la total ausencia en fin de la verdadera belleza poética constituían el tipo de estos cantos ó poesias, ora fuesen una misma cosa los versos *fescenninos* y *saturnios*, ora cosas distintas, y que si algo queda de ellos, digno hoy de tenerse en

cuenta; es el haber sido los primeros cantos en que se introdujo una especie de diálogo « *Versibus alternis* » y que ofrecen ya una muestra, los *fescenninos* al ménos, de la natural aptitud del genio romano para la poesía sarcástica.

Distinto fué el origen de las *sátiras*. « Con motivo de la peste que asoló á Roma en el año 363 ántes de J. C., y que dejó una impresion dolorosa y eterna, no solo por el número de víctimas que hizo, sino porque entre ellas sucumbieron un censor, un edil, tres tribunales del pueblo, y lo que fué mas sensible é hizo á la peste memorable, M. Furio, el primer ciudadano romano en la paz y en la guerra, al decir de Tito Livio, y el segundo fundador de la ciudad, *Secundum á Romulo Conditorem Urbis*; como no bastasen á remediar el público desastre ni los medios humanos, ni la compasión de los dioses, apoderóse la superstición de los ánimos, y entonces fué cuando, entre otros medios de aplacar la cólera del cielo, se establecieron los juegos escénicos: nueva institución, sin duda para el pueblo guerrero que solo habia conocido hasta entonces los juegos del Circo. Por aquella época habian llegado á Roma unos pobres juglares procedentes de la Etruria, los cuales danzando al son de la flauta ejecutaban ciertos movimientos al uso toscano que si no carecian de gracia, tampoco eran muy conformes á la decencia; pero sin acompañarlos con canto ni verso, ni con pantomima de ningún género. No tardó en imitarlos la juventud romana, pero lanzándose al compás de la flauta y del baile festivos epigramas, en versos incorrectos y con acciones y gestos que no dejaban de andar acordes con la voz: y como este espectáculo fuese bien recibido, se repitió con frecuencia, tomando de este modo carta de naturaleza en Roma. Dábase en la lengua toscana el nombre de *hister* á los farsantes ó juglares, de donde tomaron en la república el nombre de *histriones* los actores indígenas; pero estos avanzando un paso mas, no se limitaron ya á sus improvisaciones, semejantes al verso fescennino toscano, sin arte y alternado, sino que comenzaron á representar sátiras bien medidas, con melodías compuestas expresamente y de antemano para la flauta y con una acción adecuada al caso.

Algunos años despues Livio, renunciando el primero á la sátira, dotó á la fábula de un argumento, y como en fuerza de las repeticiones que se le exigieron (pues segun la costumbre admitida era autor y actor al mismo tiempo), se le llegase á fatigar la voz, obtuvo el permiso de colocar á un esclavo adolescente delante del que tañía la flauta para que le substituyese en el canto, con lo que pudo dar mayor realce á su expresion, no impidiéndoselo ya el uso que tuviera que hacer de la voz. Desde entonces dejaron de cantar los histriones y les quedó solamente reservada la declamacion. La innovacion que esta ley introdujo en las representaciones concluyó con su libre y jovial alegría, y fué la diversion en adelante adquiriendo por grados las proporciones de un arte. »

Comentando algunos críticos modernos este pasaje de Tito Livio y tomando ocasion de la gracia dispensada á Livio Andrónico, suponen que debe hacerse una distincion entre las palabras *canticum* y *diverbia*. Con la primera palabra se designan los monólogos, mientras que por la segunda deben entenderse las escenas dialogadas en que hablan dos ó mas interlocutores. Segun esta distincion, Andrónico se limitaria en los monólogos á acompañar con el gesto las palabras que cantaba el jóven esclavo colocado delante del *hiposcenium* y tomaria la palabra cuando salian otros interlocutores á la escena. Fué el primero á emitir esta opinion, Diomedes, célebre gramático contemporáneo de Servio. Otros piensan con Duclos que si Livio Andrónico (porque este era el poeta) pudo eximirse del canto, fué porque los trozos en que se usaba iban acompañados de baile y formando como á manera de intermedios, y se so focaba su voz con los movimientos que tenia que hacer y que pudo ejecutar desde entonces con mas soltura. El pasaje de Valerio Máximo en que hablando de esta innovacion y de los actores dice: « *gesticulationem tacitus peregit* » no se opone á la interpretacion de Duclos, porque el *tacitus* se refiere al canto mas no al baile, sobre el cual guarda profundo silencio.

Esta clase de composiciones dramáticas tomaron el nombre de *satura* (mezcla) porque en ellas andaban en efecto mezclados la danza, el canto y la declamacion, y constituyeron durante muchos siglos el único repertorio escénico de los romanos. El nombre de sátira quedó despues en la lengua para significar, no ya un poema dramático, sino un poema didáctico mordaz y epigramático.

Hasta esta época, próxima al fin de la primera guerra púnica, duró la primera edad ó sea la infancia de la literatura romana; y aunque todavia despues de terminada aquella, se celebró un tratado entre romanos y cartagineses, concebido en un lenguaje semibárbaro que al decir de Polibio diferia tanto del de su tiempo, que apenas podrian interpretarles los eruditos; no obstante ya en el año 238, esto es, tres años ántes de celebrarse aquel pacto entre las dos poderosas rivales, comenzaba Livio Andrónico con las alteraciones que introdujo en la escena, y con sus importaciones griegas á inaugurar otra edad que amalgamando una multitud de elementos y combinándolos con el genio latino, habia de legar á la posteridad las dos grandes figuras de Plauto y de Terencio.

Este sería quizá el lugar oportuno para trazar á grandes rasgos la importancia que tuvieron en el principio de la segunda edad, que precedió al siglo de oro de la literatura romana, los trabajos de Livio Andrónico,

de Nevio y de Ennio. No obstante, teniendo por objeto los artículos que han de seguir á esta introduccion el exámen de las piezas dramáticas de aquellos dos poetas (de Plauto y Terencio) los mas aplaudidos en Roma, los únicos á quienes verdaderamente conocemos por haber llegado sus obras hasta nosotros; no será inoportuno hacer en este punto un paréntesis para seguir con el pensamiento con que hemos dado principio á nuestra tarea, y para indicar brevemente las condiciones en que se halló la república, en esta edad, á propósito para el desarrollo de las musas trágica y cómica. Despues de este exámen, y ántes de entrar en la crítica de Plauto, habrá lugar de decir con qué precedentes entró en la escena, qué novedades introdujeron sus tres predecesores, y qué alteraciones experimentó el teatro latino en punto á la invencion, á la fábula, al diálogo y á la versificación. Entonces reanudaremos el orden cronológico, interrumpido aqui para proceder á otros razonamientos.

El pueblo romano se habia por fin constituido: la política y el estado social que habian formado hasta entonces su modo de ser, están perfectamente reasumidos por Virgilio en el libro VI de su Eneida. « Infundan otros aliento al bronce bajo su muelle cincel y vivifiquen el duro mármol: sobresalgan en la elocuencia del foro: describan el movimiento de los cielos y el nacimiento de los astros; tú, romano, acuérdate de regir los imperios, de imponerlos el hábito de la paz, de perdonar á los vencidos y reducir á los soberbios. Estas serán tus artes. » Y en efecto, el día en que el pueblo romano pudo medir sus armas con la altiva Cartago, disputándole el dominio de los mares, y lanzándose á la conquista del universo, aquel día tuvieron principio en Roma las artes y la literatura: porque la república era ya dueña de la Italia, se habia asimilado la religion, las costumbres las leyes y las instituciones de otros pueblos acomodándolos á su nuevo modo de ser, y no pugnaba ya para constituirse, sino para conservar su prepotencia, realizando la terrible sentencia de Caton « *deleuda est Carthago* » que ántes que por los labios del severo censor habia sido formulada por el interés de la república.

Camilo echó por tierra despues, ántes de terminar la tercera guerra púnica, el poder de Corinto; y vencedor de la liga de los Aqueos, guió su carro triunfal hácia el Capitolio, quedando sojuzgadas Argos, Micenas, la ciudad de Agamenon y destruidos los pueblos del Epiro y la belicosa raza de Aquiles. La Grecia dejó de existir, las magníficas esculturas, los cuadros, las estatuas y los vasos de aquella ciudad opulenta fueron trasladados para ser el ornato de la afortunada opresora, á quien no valió sin embargo su triunfo para no ser vencida á su vez en mas humanas y nobles contiendas por su misma esclava.

Desde esta época hasta el reinado de Augusto trascurrieron 118 años, y si se considera que desde la primera guerra púnica hasta la toma y el saqueo de Corinto solo trascurrieron otros 94, fácil es deducir que la literatura latina nació y se desenvolvió en el corto espacio de poco mas de dos siglos, desde Livio Andrónico hasta la edad de Horacio, de Virgilio, de Tibulo y de Propercio, cuando su infancia sola duró cerca de quinientos años.

En tan corto espacio de tiempo un esclavo griego fué el primero que mereció en Roma el nombre de poeta; las musas de Epicharmo y de Menandro disfrazadas con el lenguaje, hasta entonces inculto y rudo, del pueblo rey, tomaron posesion de la escena latina; el lenguaje adquirió toda su pureza, toda su elegancia, su varonil enérgia y su nobleza; el elemento literario se apoderó de la política; la elocuencia apasionada substituyó á la discusion hasta entonces fría y desnuda de los negocios públicos en la tribuna de las arengas; la historia y la filosofía recibieron nueva vida, y los nombres de César y Ciceron, de Salustio y Tito Livio, de Suetonio y de Tácito, de Séneca y de Plinio y otros muchos mas, vinieron con el tiempo á acompañar, como representantes de la elocuencia, de la historia y de la filosofía, á esa brillante *pléyade* de poetas líricos y dramáticos que son los que constituyen propiamente hablando el siglo de Augusto, y entre los cuales pasaron algunos los primeros años de su vida en Cremona, en Nápoles y en Atenas, bebiendo en el estudio de las letras griegas ese amor de lo cierto, de lo bello y de lo honesto de donde surten los misteriosos raudales de la poesía.

¿Hubiera tenido Roma una literatura propia si no la hubiera importado de la Grecia? ¿Hubiera sido preferible para la gloria de las letras y del nombre latino que hubiese creado una literatura exclusivamente suya y original? Hé aquí dos preguntas de difícil solucion. Como quiera que sea, los esfuerzos hechos por el genio romano fueron colosales, cuando al cabo de dos siglos solamente pusieron á Horacio en el caso de censurar con acritud á la muchedumbre de imitadores que le habia precedido y que le habian ido sucediendo, á quienes apostrofaba con el dictado de *misero rebaño de esclavos*; y cuando pudo jactarse, hablando á Mecenas, de que su musa habia sido la primera que, declarándose independiente, abrió nuevos caminos é imprimió la huella de sus pasos en un terreno virgen todavia, y de haber sido él quien importó en el Lacio los yambos del cantor de Paros, y quien apoderándose del número y de la inspiracion de Arquiloco, abandonó su entonacion por los versos varoniles de Safo y por la armónica lira de Alceo.

Añadia despues: en cuanto á las cosas y al orden ninguna semejanza; y se vanagloriaba de que poeta creador. « *inmemorata ferentem* » corriesen sus versos entre las manos de sus lectores ilustres y de sus aristocráticos protectores. Así que, griego ó no el origen de la poesía latina, bien merece la musa de Horacio que se eche á un lado la cuestion de si fué ó no exótico y las accesorias que de ella se derivan, en gracia de la originalidad y del gusto del autor de las Heroidas, de los Triestes y de las Metamorfosis; dotes ambas que ya tuvo sin embargo, ántes que él, alguno de sus predecesores, aunque en distinto género, como habrá ocasion de demostrarlo en esta serie de artículos.

Las letras tuvieron pues en Roma, hasta su decadencia que comenzó en Tiberio, tres períodos: el primero desde la fundacion de la ciudad hasta Livio Andrónico, y comprende la infancia del idioma latino; el segundo desde Livio Andrónico hasta Terencio, y el tercero, que abraza el siglo de Augusto, desde principios del siglo sétimo hasta mediados del octavo.

D. FERNANDO DE MADRAZO.

Correspondencia de Crimea.

En la segunda quincena de febrero llegaron á Kamiesh 16 buques de guerra, 149 buques mercantes y 3 vapores. En el mismo tiempo salieron del puerto 149 buques de vela y 3 vapores. 54,000 kilogramos de provisiones fueron desembarcados por las tripulaciones.

El ejército de tierra de los ingleses se reconstituye con actividad; el cuartel general de la artillería en Kamiesh se halla perfectamente instalado así como el gran hospital de sangre de Balaklava.

Una carta de Constantinopla del 20 de febrero, inserta en la *Gaceta del Mediodía* explica de este modo los rumores que han circulado sobre una accion habida en Balaklava:

« En la mañana del 19, dice la carta, los generales aliados informados de que diez y ocho batallones rusos habian pasado el Tchernaiá en direccion á Balaklava, quisieron sorprenderlos, y en su consecuencia mandaron salir por la noche dos divisiones francesas y una inglesa formando unos 25,000 hombres, que siguieron el río para tomar posicion en frente de los rusos y atacarlos al despuntar la aurora.

» A las doce de la noche, mientras estaban en marcha, principió á nevar tan fuerte, que en breve los caminos se pusieron impracticables. El general Bosquet decidió que era preciso volverse, y al punto envió á los edecanes para advertir á los ingleses que hicieran lo mismo, pero los edecanes se perdieron y no pudieron cumplir su mision; los ingleses llegaron á la cita, y no viendo venir á los aliados, se replazaron inmediatamente. Toda la columna expedicionaria inglesa logró volverse por regimientos, á tientas por decirlo así, pues la tierra presentaba el aspecto de una inmensa sábana blanca. Por fortuna los generales tuvieron á los soldados en continuo movimiento sin dejarlos hacer alto, y á esta precaucion se debe que solo hayan entrado en los hospitales unos 300 hombres, cuando habria podido resultar un gran desastre.

» En esta ocasion la actividad y la solicitud del general Bosquet, recordaron admirablemente los servicios de igual género que prestó en Africa, llevando en retirada una columna francesa sorprendida por un torbellino de nieve. »

Adjunto va el dibujo que representa el suceso á que se refiere la carta.

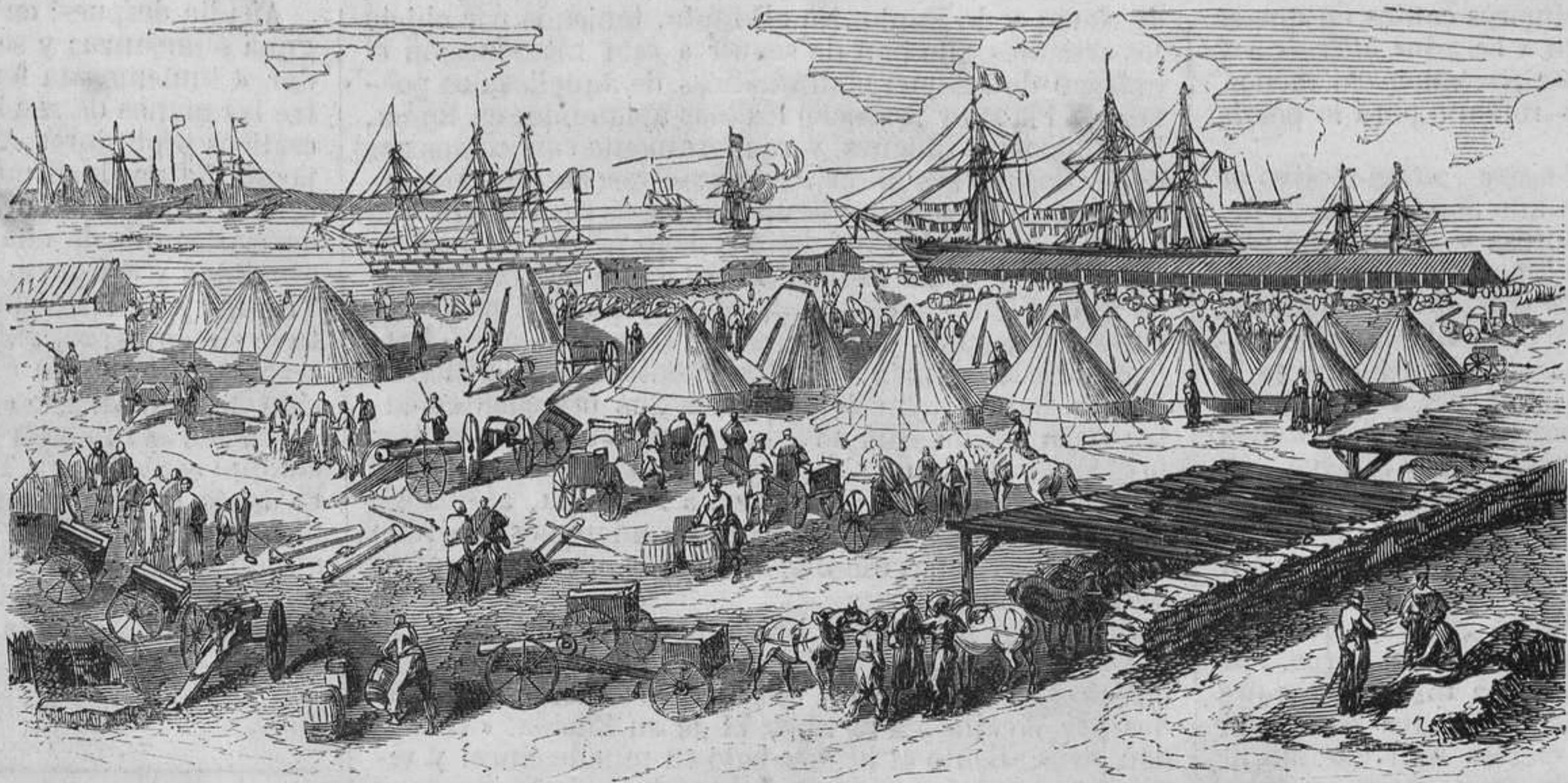
En la noche del 23 al 24 de febrero hubo una accion reñida en la posicion que tomaron los rusos delante de la torre Malakoff. Hé aquí los pormenores que encontramos sobre ella en una correspondencia fechada bajo Sebastopol el 26 de febrero.

Desde que estamos instalados en las alturas de Inkermann, hemos principiado los trabajos de aproximacion, que deben conducirnos poco á poco hasta el pié de la torre Malakoff. El enemigo por su parte habia elevado trabajos considerables detrás de la torre y principiaba á demolerla para dejar descubiertas sus baterías, pero los rusos no se atuvieron á esto, sino que, en la noche del 21, ejecutaron un movimiento muy atrevido y muy peligroso á la vez; vinieron á instalarse entre la torre Malakoff y nosotros, un poco sobre nuestra derecha. Inmediatamente se atacó el terreno; el 22 era ya claro que tenian intencion de detener la marcha de nuestras trincheras con trabajos encontrados.

El general en jefe resolvió tomarles esta posicion, y el 23 por la noche se dieron las órdenes para ello. En efecto, 2 batallones del 2º de zuavos, 1 id. de infantería de marina y algunas compañías de obreros se pusieron en camino bajo las órdenes del general Monet, y se dirigieron en medio del mas profundo silencio hácia la posicion de los rusos delante de la torre Malakoff. De los dos batallones de zuavos el uno tomaba la derecha, el otro la izquierda del ataque; el frente del enemigo quedaba reservado para la infantería de marina.

Llegados cerca del reduito, los zuavos se detuvieron un instante, y en medio de la oscuridad descubrieron una línea sombría que se dibujaba delante en la direccion de su frente. El general Monet seguro de verse apoyado avanza, y á su señal los zuavos se precipitan sobre los rusos que los reciben con un terrible fuego de artillería. Sin dejarse detener por este obstáculo se

lanzan sobre las escarpas bajo el fuego del enemigo y entran á viva fuerza en el reducto; entonces se empeña un combate formidable al arma blanca. Al mismo tiempo la flota rusa, cuyos cañones apuntaban en esta direccion, envia una lluvia de proyectiles, pero el choque de nuestros soldados es irresistible, los rusos se retiran y huyen hacia la ciudad, y al punto las baterías mas cercanas tiran sobre la posicion abandonada, pero bajo este fuego, doblado con el de la flota, nuestros soldados de ingenieros se ponen á la obra y destrozán los trabajos del enemigo, y al



Cuartel general de la artillería en Kamiesh.

mismo tiempo clavan y desmontan su artillería. Concluida la obra, habia que retirarse á toda prisa; la posicion no podia conservarse expuesta como lo estaba al fuego de los cañones de la flota; no habia que perder un momento; la artillería de los buques nos hacia mucho daño, y además toda la guarnicion se hallaba sobre las armas; se oian distintamente el cañon y las campanas de Sebastopol, así como los gritos de los cuerpos de vanguardia que corrian sobre nosotros. El general ordenó la marcha.

Nuestras pérdidas en esta accion se hallan equi-

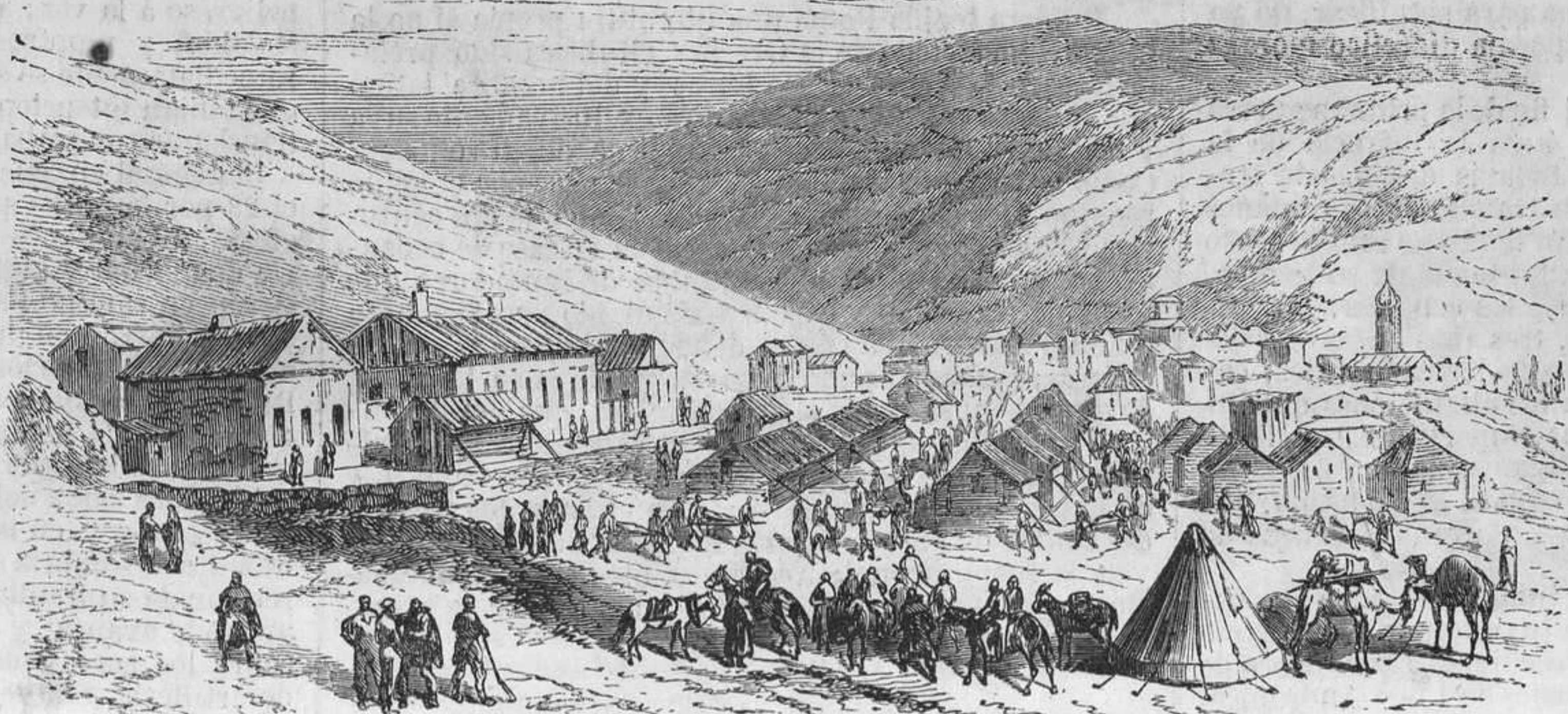


Convoy de artillería inglesa y de bagajes saliendo del puerto de Balaklava.

libradas con las de los rusos que tenían fuerzas muy superiores á las nuestras; la artillería de su flota les hizo tanto mal como á nosotros. Sin embargo, su resistencia fué muy grande y la lucha en el reducto muy reñida.

Tenemos que lamentar la muerte de un teniente de artillería, M. de la Fosse, y de cuatro ó cinco oficiales de zuavos cuya suerte se ignora; los heridos son unos 100, entre ellos 15 oficiales; en suma habremos tenido unos 250 hombres fuera de combate.

La accion estuvo bien dirigida por el general Monet que se batió como



Hospital inglés en Balaklava.

un héroe, para servirse de la expresion del general Bosquet. A la primera descarga de los rusos una bala le lastimó el dedo índice y le rompió el pulgar de la mano derecha, pero el valiente general sin moverse tomó su espada con la mano izquierda y entró uno de los primeros en el reducto. Un momento despues fué herido en la mano izquierda y luego en el brazo, pero á pesar de sus tres heridas, el general Monet salió el último del reducto, despues de haber mandado recoger los heridos.

La infantería de marina, engañada por la oscuridad, se extravió en ca-



Soldados de vuelta de un reconocimiento en las cercanías de Balaklava.

minos horribles, y no pudo llegar á tiempo al lugar del combate para tomar su parte en la pelea.

Se aprovechó inmediatamente del triunfo obtenido para adelantar los caminos cubiertos; sobre todo se continuó una trinchera que desembocará cerca del reducto, y que no permitirá á los rusos volver á ocupar el puesto que tenían.

La *Prensa de Oriente* añade:

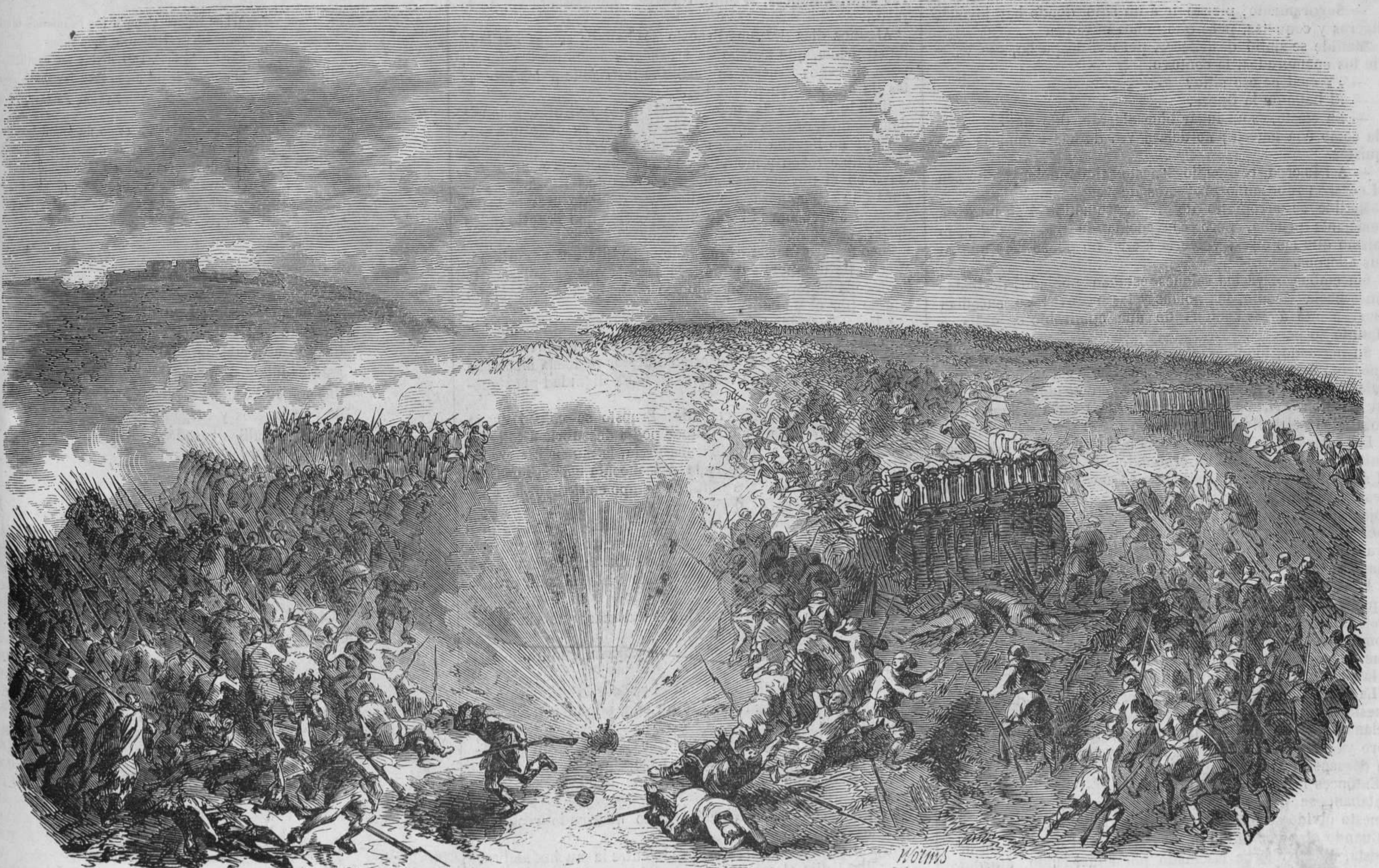
Una correspondencia que nos comunican menciona un incidente particular que reproducimos textualmente:

« Al salir de los reductos, los soldados del general Monet encontraron un cuerpo de 6000 rusos (probablemente aquella masa sombría que habian visto moverse delante del reducto). Era preciso pasar sobre el enemigo que obstruía el camino; una palabra del general

los lanzó adelante; de una carga furiosa atravesaron la línea enemiga de parte á parte y pudieron juntarse así con la division.

» El general Monet recibió cinco heridas, aunque ninguna verdaderamente de peligro. »

El *Djeridji-Havadis*, citado por el mismo periódico, dice que los rusos tuvieron en esta accion unos 1000 hombres fuera de combate.



Ataque del gran reducto ruso delante de la torre Malakoff, en la noche del 23 al 23 de febrero.

Y arrobaba los sentidos
Su dulcísima sonrisa,
Cual el silbar de la brisa,
Del alba bella al nacer.

Su rizada cabellera
Su henierto cuello velaba;
Sobre su frente brillaba
De su alma el dulce candor;
Las gracias y los hechizos
En sus ojos se anidaban,
Y en ellos se retrataban
Las virtudes y el amor.

En su mórbida cintura
Y en sus contornos vagaba,
Un *no sé qué* que hechizaba,
Robándose el corazón;
Su paso firme, elegante,
Su angelical hermosura,
Su nobleza, su apostura
Completaban la ilusión.

II.

Ya pasaron
Mis visiones,
Ilusiones
De placer:
Y con ellas
La ventura,
La dulzura
De mi sér.

Ya pasaron
Las delicias,
Las caricias
Del vivir;
Disipóse
Ya mi hermoso,
Delicioso
Porvenir.

Solo tengo
Triste llanto,
Solo espanto,
Cruel dolor: —
Es mi vida
De tormento,
Sin contento,
Sin amor.

Acabóse
La esperanza
De bonanza
Para mí;
De amarguras
Y de penas,
Horas llenas
Tengo aquí.

Sin placeres
Ni ilusiones:
Sin fruiciones,
Ni solaz: —
Solo tengo
Torcedores,
Y dolores
Por demás.

Ya no tengo
Ni ventura,
Ni dulzura,
Ni ilusión: —
¡Ya de muerte
Siento herido
Mi afligido
Corazón!...

III.

Mas pronto recuerdo
La dulce hermosura,
Que paz y ventura
Al alma llevó;
Y olvido mis penas,
Y tengo esperanza;
Y paz y bonanza
El pecho gozó;

Y tengo placeres,
Y dicha y contento;
Y solo lamento
No ver la BELDAD...

Y siento y deploro
Que tanta belleza,
Que tanta pureza
No fueran verdad...

Mas no; que de pronto
La toco, la miro,
La siento y suspiro, —
La vuelvo á mirar;
Y entónces de hinojos
Ante ella postrado,
Mi canto turbado
La dejo escuchar.

Y miro gozoso
Sus ojos rasgados,
Un tanto velados
De dulce pudor;
Su voz seductora
Yo escuché arrobado,
Cual son murmurado
De paz y de amor.

Su dulce sonrisa
Me vuelve la calma,
Llenándome el alma
De dulce solaz:
Cual bello lucero
Que en noche horrorosa
Promete dichosa,
Gratisima paz.

IV.

¿Serán verdad, ó mentira
Tanto candor y hermosura?
¿Tanta beldad y dulzura
Puedense, acaso, encontrar?
Las visiones de mi infancia,
Mis dulces sueños dorados, —
¿Puedo ver realizados,
Y con su vista gozar?

La ilusión que me formaba
De candor y de belleza:
De gracias y de pureza —
¿Pudo jamás existir?
¿Y pueden tantos hechizos,
Tanto talento y finura,
Tan angélica hermosura,
En este mundo lucir?...

Todo es cierto y verdadero: —
Realizaste, Medora,
La ilusión encantadora
Que la mente concibió: —
El mundo entero te ensalza
Como al Genio de pureza,
Como al Angel de belleza
Que en Eden apareció.

Eres perfecto conjunto
De talentos y hermosura,
De candor y de ternura,
Y de gracia angelical:
No te falta hechizo alguno,
Ninfa divina, encantada: —
En tí está realizada
La belleza celestial.

Yo nací para adorarte: —
Que en tu hermosura soñaba,
Cuando aun el alma ignoraba
Lo que apellidan amor;
Y cuando el mundo llenaba
Mi juventud de tristeza,
La vision de tu belleza
Calmó mi intenso dolor.

Y al momento, bella Maga,
Te amé delirante, ciego,
Y alcé mi plegaria luego
Pidiendo tu corazón.
Sin tí, divinal Medora,
No puedo gozar ventura,
¡Pues tu imagen bella y pura
Mi destino ya marcó!...

¿Mas qué he dicho, luz del alma?
¡Mi pasión te he confesado!
¡Perdona si el labio osado
Al corazón descubrió!...

Tan solo quise decirte,
Que agitas, matas de amores;

Y que eres entre las flores,
Flor de flores — sin rival...
Tienes gracias y talentos;
Eres tan hermosa y pura
Como el lampo que fulgura
De bella luz matinal.

¡Quiera el cielo concederte
Bello porvenir de gloria;
Nunca alicja tu memoria
Un pasado de dolor!
¡Perdona los rudos sonos
De mi destemplada lira!...
¡Perdón si por tí suspira
Tan destemplado cantor!

J. M. TORRES CAICEDO.

A Adelaida.

IN PROMPTU.

Si es mas dulce la sonrisa
De tu boca purpurina,
Que la fuente cristalina
Que en el desierto brotó:
Es, Adelaida, tu acento
Mas dulce, mas hechicero,
Que el cefirillo ligero
Que en seco arenal sopló.

Si es mas dulce la sonrisa
De esa tu boca hechicera,
Que la frondosa palmera
Que sombra al árabe dió:
Es tu acento mas suave
Que de un amante el suspiro,
Cuando en plácido retiro
A su amada recordó.

Estás en tus quince, bella —
Edad de encantos y flores,
Y te cercan los primores,
Y te anima la ilusión;
En tu jardín sin espinas
Sigue tu senda aromada,
Y la alondra enamorada
Acompañe tu canción.

Parto, Adelaida, mañana:
No olvides tu trovador;
Cuando la mar breme insana,
Mi alma evocará tu voz.

J. M. TORRES CAICEDO.

A LA SENORA M. J. P. DE M.

Deja, señora, que ensalcen
Tus talentos y primores
Los donosos trovadores
De Pisuerga y del Genil,
Ellos felices te cantan
Al compás de blanda lira,
Porque el bardo bien se inspira
Ante dama tan gentil.

Olvida al triste coplero
Allá de tierra distante,
Que es su acento discordante
Cual quejido del Alcion:
¿A qué juntar ese acento
Al trino de los jilgueros,
Que levantan placenteros
En tu verjel su canción?

Mas, al fin, en ruda prosa,
Oen verso sin armonía,
Permite, señora mia,
Mis votos por tí elevar: —
¡Siga tu estrella esparciendo
Fulgurantes resplandores;
A tu paso nazcan flores;
Se aleje de tí el pesar!

J. M. TORRES CAICEDO.

Los antiguos cuatro elementos.



LA TIERRA.



EL AGUA.

Los antiguos cuatro elementos.



EL AIRE.



EL FUEGO.

LA CASDAMI.

(Conclusion.)

Lambert lo dejó coger el sueño, y bajó en seguida con precaucion la escalera del molino. Como lo habia imaginado, la puerta no tenia cerradura. No hizo mas que empujarla para hallarse fuera, y se fué en busca de su camarada, que partió media hora despues, quedando Lambert reemplazándolo.

Este no abandonó el puesto hasta que vió á la Casdami ponerse en camino hácia Perpiñan.

VIII.

Desengaño terrible fué para los aficionados á debates criminales, animados por las primeras peripecias del drama judicial en que la Casdami habia tomado imprevisiblemente su papel, ver aplazado el proceso que comenzaba á preocuparlos. Muy frios los dejó la disposicion tomada por el presidente del tribunal de ampliar la sumaria informacion. Esta medida, tan evidentemente equitativa, fué recibida con unánimes murmullos; ¡tan fuerte é implacable es la curiosidad defraudada!

Y aun no sabian estos espectadores, que esta dilacion debia conducir á un sobreseimiento. La Providencia, juez infalible, habia borrado del libro del destino el proceso instruido contra Pepita y Pepindorio.

Pero sin anti ipar el desenlace que nos resta que contar, necesitamos dar cuenta del resultado producido por los hábiles pasos de Lambert.

Apénas averiguó el verdadero estado de las cosas, escuchando por las puertas, — medio el mas seguro, ya que no el mas honrado de saberlo todo, — hizo partir á toda priesa á su compañero. Este llegó á Perpiñan al romper el dia, y fué á golpear la puerta del presidente del jurado. Admitido á su presencia, no sin dificultad, participó á este magistrado noticias, que oia este con creciente interés, y que dieron lugar á diferentes órdenes, cuya oportunidad se apreciará mas adelante.

El fiscal tomó parte en este consejo matutino, en donde se deliberó acerca de la marcha que debia seguirse cuando el tribunal celebrara nuevamente sus sesiones. Diferentes agentes de seguridad pública recibieron orden de hacer algunas arrestaciones. Estimulados por los apremiantes mandatos de los magistrados, corrian en todas direcciones.

Dejémoslos cumplir su cometido, y trasportémonos horas despues á una sala del tribunal, en que el presidente del jurado, el juez de instruccion y el fiscal se habian reunido para oír la declaracion de Lambert. La Casdami fué introducida apénas la hubo dado.

Estaba pálida como de costumbre, y parecia muy inquieta. Sin que supiera porqué, el aplazamiento del proceso le habia parecido de mal agüero, y de peor aun las precauciones tomadas para impedirle salir de la ciudad.

Pero al cabo no era mujer de acobardarse fácilmente, y apénas se vió en frente de los tres magistrados, recobró su aire desdeñoso é impasible.

Le preguntaron por de pronto qué motivo tenia su aversion á Antonio y su mujer; sin hablarle de Lambert, ni de Simprefié, ni de las razones que inducian á creer que este último obraba de acuerdo con ella; mucho ménos de lo que habia ocurrido en Tajo, el dia en que Pepita llegó á ser madre.

Esta táctica, antigua en los tribunales, tranquilizó á la bohemia. Todo lo mas que ella se imaginó fué que Pepindorio, para debilitar el valor de su deposicion, habria referido á los jueces lo que habia ocurrido entre los dos en la época de su divorcio, consumado sin su mutuo consentimiento. Y no tuvo inconveniente en decir que él la habia engañado, y que habia querido vengarse.

El fiscal se apoderó de esta declaracion significativa, y dirigiéndose al juez de instruccion:

— Preguntad al testigo si su deseo de venganza no la hubiera arrastrado por casualidad á otros pasos, por ejemplo, á conspirar contra el reposo y el honor de la mujer que su marido habia tomado despues de su rompimiento con ella.

Aguardaba una respuesta negativa; pero la Casdami bajo las apariencias de la locura ocultaba una inteligencia clara, y tan viva como la del criminalista mas experimentado.

Un instante de duda le bastó para conocer que no lograria hacer creer que habia mirado con indiferencia los objetos de su odio. Declaró, pues, que habia tratado de envenenar á Antonio, y de desconceptuarlo entre sus compañeros. Hasta tuvo valor para decir que el bohemio, cuya aficion y ataques brutales á Pepita habia reprimido Pepindorio, habia obrado á instigacion suya.

— ¿De qué medios os habeis valido para eso? le preguntaron.

— ¿No sabeis que yo soy maga? ¿No tenemos nosotros nuestros secretos para hacer que se vuelva loco de amor quien nos parezca?

Los jueces se sonrieron.

— Lo que decís, buena mujer, repuso el juez de instruccion, nos hace creer que si una vez no habeis logrado vuestro propósito, hubierais renovado la tentativa quizá con mejor éxito. ¿No ha sido así?

La pregunta no era terrible en sí, pero su tono iró-

nico la inspiró sospechas. El ojo ejercitado del magistrado descubrió la ansiedad de la bohemia, y no dejándola reponerse:

— En vuestro lugar, continuó con el mismo sarcasmo, no hubiera dejado de ver si era posible buscar á Pepindorio otro rival mas temible que el primero.

La Casdami se guardó de contestar á esta insinuacion: pero se estremeció del giro que tomaban las investigaciones del juez.

— Me parece que habia en la tribu un hombre propio para secundar vuestros designios. Y este hombre era vuestro jefe, vuestro conde, segun lo llamais... es extraño que no os haya ocurrido esto...

Todo lo saben, pensó la Casdami, que tuvo un momento de desesperacion, y que buscó maquinalmente una salida para escaparse. Pero puertas y ventanas estaban cerradas, y dos ó tres gendarmes estaban sentados en el fondo de la sala.

— Hemos creído, prosiguió el inexorable magistrado, que os habia ocurrido la misma idea, y para cerciorarnos hemos enviado á buscar á Simprefié, como creo que se llama vuestro jefe.

— ¿Lo han cogido? preguntó ella que no lo veia allí.

— ¿Antes de que lo veais, no podriais decirnos algo mas de lo que sabemos?

La Casdami se contentó con mover los hombros bruscamente.

— Creéis que no hemos cogido á vuestro cómplice, y que queremos arrancaros vuestro secreto poco á poco. Fácil será desengañaros. Que venga el segundo testigo.

Simprefié entró y echó una mirada de enojo á la Casdami, pensando que lo habia vendido por uno ú otro motivo.

La bohemia tuvo una inspiracion repentina, que obligó á los magistrados á admirarla, tan sublime les pareció por su sangre fria y su disimulo.

— ¿Qué has hecho de mi hijo? le preguntó con el tono mas imperioso y natural.

Desengañado el viejo, y viendo á su cómplice tan leal y tan resuelto como siempre:

— ¡Tu hijo!... allí está... pídeselo á esos cristianos, respondió. Pero en realidad estas palabras querian decir: « Te comprendo, no flaqueemos; no saben nada.»

Viendo el juez aquella inesperada defensa, pensó en defraudar las esperanzas que concibieran, intentando poner de relieve la falsedad de los reos.

— Tranquilizaos, dijo á la Casdami, vuestro hijo va á seros devuelto. Ya han ido á prevenir á su padre...

— ¡Su padre! gritó la gitana, fingiendo una profunda sorpresa... ¡Su padre! decís... Pero su padre no está aquí.

— ¿No es Antonio? preguntó el magistrado, que contaba con la diferencia de edad para probar que el niño cogido aquel dia no podia ser el de la Casdami y de Pepindorio.

— Su padre es un *jacaranalli* de España, replicó la bohemia con inconcebible presencia de ánimo. Habia presentado la objecion y se anticipaba á ella.

Los magistrados, que se veian empeñados en una cuestion de paternidad muy espinosa, se sintieron embarazados.

La gitana lo observó y sacó inmediatamente partido de ello.

— ¡Quiero á mi hijo! exclamó, no podeis quitármelo.

Los tres hombres negros se miraron. Creian que el hijo era de Pepita y que la Casdami y Simprefié eran los autores del rapto. Pero no habia prueba; y ¿qué razon oponer contra aquella demanda?

El niño fué entregado á su madre, que lo abrazó con pasion frenética.

— Ahora responderé á todo lo que preguntéis... ¿pero no haréis venir á mi *rom* y á su mujer? ¡Celebraria ver á esos enamorados!

Los dos acusados fueron llamados.

La noche habia llegado. El cuadro era terrible. La figura de la Casdami respiraba cierta seguridad feroz mezclada de alegría, remedo de la dilatacion de la pupila, de la ondulacion cariñosa de la cola del leon, el tigre ó el gato que se mueve blandamente ántes de desplegar sus instintos carniceros. Las de Simprefié y Pepindorio expresaban el odio sordo y contenido, pero ya medio satisfecho. La rubia Pepita, su dulce víctima, no osaba casi levantar la vista, y temblaba como las hojas de los árboles al soplo del huracan.

Los tres bohemios comenzaron á disputar, y el juez de instruccion creyó que aquel era el mejor medio de excitarlos á hablar. Pero la ventaja que podia haber logrado en el debate, se la quitaba la Casdami, que con habilidad y obstinacion extremada establecia la evidencia de todos los detalles dados por Lambert. Le importaba probar la tentativa de parricidio imputada á Pepindorio por el feroz autor de sus dias. Esta acusacion forzó á Antonio á exigir que la Pepita refiriese ó por mejor decir confirmara lo que contaba él mismo del atentado cometido contra ella, preparado por la Casdami, que favoreció su ejecucion.

Así se apoderaba la justicia de todos los hilos de este drama complicado. El del rapto del hijo de Pepita quedaba por esclarecer; porque la Casdami procuraba oscurecer este hecho.

Las primeras palabras que soltó el juez de instruccion impresionaron á Pepindorio, que se veia absuelto de la acusacion; ¿pero quién dirá el efecto de esta revelacion en el ánimo de Pepita? El temor de haber comprendido, la incertidumbre y la curiosidad se pin-

taron en su semblante. Poco despues hirió su oído el nombre de la Casdami, y apesar del terror que le inspiraba su rival, no pudo prescindir de levantar los ojos hácia aquella mujer que de concierto con Simprefié, segun se decia, habia tratado de apoderarse del niño sobre el que este último creia poseer todos los derechos de la mas positiva paternidad. Por fin la desgraciada madre adivinó que su hijo querido, llorado con lágrimas de sangre, estaba en poder de su rival. En este instante se desvaneció toda su timidez: La Pepita se levantó y tendió los brazos hácia su hijo, cuya vida pe- ligraba...

Era demasiado tarde.

— ¿Quiéres á tu hijo? ¡hélo aquí! le dijo con voz tranquila, y con su infernal sonrisa el Escorpion bohemio... ¡Porqué no es tambien hijo de mi *rom*!

La pobre madre arrancó á la criatura de las manos crispadas que se lo presentaban... levantó el pañuelo, que le cubria la cabeza... y sin decir una palabra, sin lanzar un grito cayó en tierra; le faltó el corazón.

Todos los asistentes comprendieron la espantosa verdad. Los magistrados se levantaron sobresaltados:

Pepindorio acudió á alzar del suelo á su mujer; los gendarmes se acercaron, sin que se oyese una sola palabra. La primera que se pronunció fué una especie de rugido mal articulado, seguido de un ruido seco, bien conocido del que ha visitado un matadero... La Casdami no habia aguantado mucho tiempo su castigo; Simprefié vengó pronto la muerte de su hijo. Le bastó lanzarse sobre su carabina, que habia sido presentada al tribunal, y servirse de ella como de una maza con su hercúlea fuerza.

Testigo estupefacto de la catástrofe, Lambert dudaba de lo que veia, cuando levantaron los dos cadáveres. La Pepita fué retirada sin volver en sí. Simprefié, atado con mucho cuidado, pero ya tardiamente, no apartó los ojos de su hijo, asesinado mientras se comprobó el doble homicidio. Terminadas estas formalidades, se puso en pié para seguir á los gendarmes que se disponian á llevárselo. La mas completa impasibilidad habia sucedido á su brusco furor, encendido por una pena agudísima, y cuando por pura forma se le preguntó si declaraba haber dado muerte á la Casdami, esta simplicidad de las fórmulas judiciales le arrancó una sonrisa. Por lo demás, no juzgó deber responder á una pregunta tan inútil.

¿Ocultaba una profunda desesperacion bajo esta tranquila apariencia? difícil seria determinarlo; todo lo que pudiera decirse serian aventuradas conjeturas. Sin embargo, nuestros lectores tienen libertad para pensar que con una premeditacion suicida se embriagaba diariamente, desde el momento en que fué encarcelado. Y sin dificultad se creará que el viejo tenia mal vino y que su borrachera era querellosa.

¿Quién sabe tambien si buscaba de ésta suerte un mal lance! Fuera como quisiera, la excitacion colérica en que lo sumergia el *mal espíritu*, acabó por ser su estado habitual, su enfermedad incurable. A ella debió el acabar sus dias en una casa de locos; triste privilegio que lo salvó quizá del cadalso, y con seguridad de galeras.

Al acabar esta historia, de la que no soy mas que editor responsable, Lambert olvidaba á Pepindorio, medianamente parricida, dejado entre las manos de la señora justicia. Permiéndome el hacerle observar esta laguna.

— ¡Peste! exclamó, ¡teneis razon!... veamos... ¿cómo lo sacaremos del paso?

La pregunta me pareció embarazosa, si no intempestiva. ¿Porqué no responderian nuestros lectores, segun sus inclinaciones, mas ó ménos benévolas? ¿Existian contra Pepindorio bastantes cargos para hacerlo subir al cadalso; ha tantes circunstancias atenuantes militaban en su favor para una absolucion; y como término medio, ¿no tenemos una segunda evasion, preparada al diestro contrabandista por la generosidad de su Pepita?

Revista de la moda.

SUMARIO. — Las últimas fiestas del invierno. — Un baile musical en casa de la señora condesa de R.... — El collar de terciopelo negro de la princesa C.... — Las modas de primavera. — Ya no se llevan sombreros. — Un sombrero, — una mignardise, — un sombrero Watteau, — un sombrero Sol, — un sombrero á la Buridan, — un sombrero Pamela y un sombrero de luto. — Novedades á la orden del dia. — Las telas de capricho. — Los corpiños abiertos acaban con los corpiños subidos. — Un traje de marquesa para salir en coche. — Corpiño Mignon para la primavera de la juventud. — Descripcion del figurin de este número.

Ya tocan á su fin las fiestas del invierno; la gente deja de bailar cuando principian á florecer las lilas. La moda y la industria se deshacen en coqueterías para saludar esa estacion del año que el calendario llama primavera, pero que hace muchos años ya solo de nombre conocemos. La primavera me representa esas hermosas coquetas que tienen muchos adoradores, porque prometen lo que no dan nunca; pero al fin llega un dia en que el corazón de la coqueta se deja sorprender; ¿sucederá lo mismo este año con la primavera? Allí lo veremos, por mi parte no me atrevo á profetizar sobre el asunto.

En el número de los últimos bailes de la elegancia fran-

cesa y extranjera, uno de los más espléndidos, ha sido el de la señora condesa de R... Se estrenaba un lujoso aposento de la calle Tronchet, un aposento casi oriental por la magnificencia de los dorados, de las colgaduras y de los muebles. El concierto fué admirable. La joven y hermosa princesa Czartoriska, hija de la reina María Cristina, tenía un traje tan sencillo como original, compuesto de un vestido de muaré antiguo, rosa de la China, con tres volantes guarnecidos cada uno con una greca de terciopelo negro. Su collar era de terciopelo negro, un terciopelo de tres cent. de ancho, del que colgaban una cantidad infinita de adornos de oro. Los brazaletes, tan caprichosos como el collar, eran unas verdaderas joyas de niña, mas bien que las alhajas de una princesa hermana ó hija de rey. Sobre el corpiño llevaba tres magníficos broches compuestos de una gruesa perla rodeada de brillantes.

La señora princesa Sturza llevaba igualmente un vestido de muaré color de rosa cubierto con tres volantes de punto de Inglaterra. La berta de encaje que adornaba el corpiño iba prendida con un broche de una piedra verde-mar de un grueso prodigioso, rodeada de brillantes. La encantadora señora de la casa que estaba de luto ostentaba una cabellera tan admirable como la de la señora duquesa de Berry, y por último la linda y graciosa María Ducrest, la elegante cantatriz de todos los salones aristocráticos, llevaba un vestido de tarlatana blanca con tres volantes ricamente bordados de seda blanca. Su corpiño llevaba afollados de tarlatana, guarnecidos con una ancha cinta azul que remataba en la cintura con un grueso lazo de cintas flotantes. La encantadora joven, hija de la señora Georgette Ducrest, sobrina de la condesa de Genlis, fué felicitada no solo por todas las princesas, duquesas y altos personajes que asistían al baile de la señora condesa de R..., sino también por el nuncio del Papa y por el cardenal arzobispo de Burdeos; por supuesto era un baile-concierto, una fiesta en que no se bailaba, donde se conversaba y se oía.

Pero ahora que no he concluido todavía con los bailes y conciertos, tendría mucho que decir sobre ellos, si quisiera indicar todos los salones parisienses donde se baila y se canta, formando mil y mil proyectos. Ya se ve, es tan agradable hablar de la primavera aun antes de que llegue, para decir: *Me haré tal ó cual traje*, y de soñar en sombreros, vestidos y adornos de mil géneros.

A propósito de primavera y de verano, parece que ya no se llevarán sombreros.

— De modo, me preguntarán, ¿que se saldrá á la calle con el peinado solo como quien anda por su casa?

— No por cierto, se llevarán tocados que parecerán sombreros, y no lo serán, como vamos á juzgar ahora.

Se ha inventado un sombrero (llamado con este mismo nombre español) que parece uno de esos poéticos tocados con que Alfredo de Dreux adorna á sus hermosas amazonas Luis XIII. Este sombrero es de crespon color de rosa afollado guarnecido con una blanda que remata en fleco, una blanda que se arrolla en cascadas por dentro del sombrero, con ramitas de brezos blancos. Encima por un lado se ven dos lazos de cinta color de rosa con una presilla que sostiene dos largas plumas de color de rosa, flotantes á la antigua española.

La preciosa capota *Mignardise*, que parece un clavel abierto, consiste en dos anchas bandas de tafetan blanco separadas por una lista de terciopelo negro. El adorno consiste en un rizado de tul ilusión á gruesos canelones rayados de terciopelo negro n.º 1. Estos canelones rodean todo el borde del ala y los contornos de la guarnición posterior y del casco. Por un lado el tul describe cuatro canelones, y por el otro aparece una rosa bien abierta, con un solo boton, en medio de grandes ondas de tul. Esta mezcla de tul blanco y de terciopelo negro sienta admirablemente bien á la cara. Todo el interior del sombrero lleva los mismos canelones; por un lado se ve una rosa de cien hojas con un boton; la guarnición de detrás es de tul á canelones, rayado con cuatro listas de terciopelo negro; este modelo es altamente aristocrático.

Tenemos despues un sombrero de tafetan blanco, con margaritas y lazos color de violeta, que parece una pintura de Watteau ó de Fragonard. El casco se compone de margaritas silvestres grandes y pequeñas y de blondas; el ala es de tafetan blanco; por detrás y sobre el borde del ala, se ve una lluvia de margaritas con lazos de cinta color de violeta.

Ahora viene el sombrero *Sol*, de tul blanco bordado de pequeños soles de paja, y de pequeños trenzados de terciopelo negro y paja formando rayas al sesgo. A cada lado se abre un ramo de plumas sol, negras y color de paja; al borde corre un encaje negro, y por dentro se ven canelones de tul blanco ilusión, rayado con una cinta de terciopelo negro n.º 1, que reemplaza la blanda.

Sigue á este un sombrero adornado á la *Buridan*, con una rama larga de florecillas tan flexible como una pluma. El sombrero es de paja de arroz, con pequeños calados; el ala está abarquillada con cascadas de blanda muy rica y muy en relieve; en el interior flores y blanda.

Viene luego el sombrero *Pamela* de paja de Italia, un sombrero redondo de lado, sobre el cual corre un pámpano lleno de hojas iluminadas por el sol de otoño, con matices purpúreos, violados y dorados.

Por último hay otro medio enlutado, de tafetan blanco con una lluvia de perlas de azabache; encima lleva dos plumas, una blanca y otra negra, la primera casi rodeando el casco, y la segunda flotando al otro lado hasta caer sobre la guarnición del sombrero. El borde del ala lleva una puntilla de blanda blanca salpicada de azabache; en el interior se ve una banda de tul negro rayado de terciopelo y que remata en dos lazos adornados de flores de azabache; esta banda solo está puesta por un lado; en el otro hay una rosita con botones y hojas.

Creo que basta de sombreros por este mes, pero me reservo continuar el asunto en mi revista próxima.

Hoy me limito á señalar ligeramente las novedades de primavera á fin de decir dos palabras de todo.

Figura en primera línea entre las novedades el pañolito emperatriz de tafetan color de violeta con cuatro volantes de cinta gasa de pluma; por arriba lleva unos pequeños corchetes de cinta que terminan en un cascabelillo de pasamanería; los contornos llevan un rico fleco color de violeta.

Despues tenemos la *duquesa de Alba* de tafetan azul de Sevres formando un sobretodo ajustado, adornado con tirantes de encaje negro, salpicados de azabache. Este sobretodo va guarnecido con dos grandes volantes de encaje, el primero de veinte centímetros, el segundo de cuarenta; las mangas están cubiertas enteramente con cinco volantes de encaje que ocultan el tafetan.

Luego viene una manta parisiense de muaré antiguo, formando una esclavina por detrás, y guarnecida con un volante de muaré antiguo plegado á gruesos canelones, en tanto que por delante las extremidades son cuadradas. Sobre el volante de muaré antiguo cae un gran volante de encaje de Chantilly; el borde del volante de muaré lleva un entredos de encaje salpicado de azabache; sobre el volante de encaje se repite el mismo entredos, y en el cuerpo de la esclavina hay dos bandas de entredos de encaje.

Sigue una Galatea de tafetan negro y cinta color de violeta ilustrada con una guipure negra; la cinta lleva un flequillo corto; por detrás hay tres volantes de esta cinta caprichosa. La Galatea tiene un corte que simula anchas mangas griegas; la escotadura va adornada con dos pequeños volantes de cinta color de violeta colocados á cierta distancia.

Tenemos además una Fontanges de entredos de guipure representando ricos medallones separados por adornos de azabache, y cintas de gasa negra con puntas flotantes que caen sin arte sobre la guipure.

Viene por último una Diana de Poitiers de tafetan formando como una capita Enrique II, adornada con una infinidad de pequeños volantes de cinta de gasa con mangas compuestas de cinco cuchillitos de tafetan separados por lazos de cinta de gasa.

Y ahora ¿qué diremos en cuanto á las telas?... Que siguen mas caprichosas que nunca. — No solo se ilustran los volantes con cuadritos escoceses, con medallones, mosaicos, vivos acanalados, rayitas con flequillo estampadas en la tela, sino que hasta las faldas sin volantes requieren guarniciones y adornos de toda especie. — Así pues, en la orla de las faldas de tafetan liso se ponen grandes cuadros de terciopelo con puntilla de encaje, ó bien se frunce el tafetan hasta cierta altura, y los fruncidos se mantienen de distancia en distancia con anchas bandas de terciopelo. — Este fruncido parece ha de tener el inconveniente de recoger polvo, pero ahueca mucho la falda, y las coquetas no piden otra cosa que parecer abanicos ó campanas.

Por lo tocante á los corpiños, se pretende que los abiertos van á destronar á los altos; estos corpiños abiertos se harán con cascadas de encaje, con afollados á la Luis XIII, con triples chorreras arrolladas en espirales, con lazos de cinta, con todo cuanto imagine el capricho, con tal de que el capricho tenga alas de encaje prendidas con cintas. Ciertamente nada perderemos con la invención; el corpiño abierto deja descubierta la ropa blanca en toda su frescura y graciosa elegancia, pues es de advertir que nunca se ha llevado mas lejos la magnificencia del encaje y de los bordados. Sin embargo, las señoras un poco robustas no renunciarán tan pronto á los corpiños subidos y abotonados, que disimulan las formas y adelgazan el talfe. En cuanto á las señoras altas y esbeltas es distinto, pero les están perfectamente las cascadas de encaje en el corpiño, y los volantes con cintas en la falda.

Hé aquí la descripción de un bonito traje que las señoras de París usan para salir en carruaje. — El vestido es de tafetan color de lila, con dos volantes adornados con un galon ondulado de terciopelo negro sembrado de florecillas de seda color de lila; sobre estos dos volantes cae una pequeña falda que se redondea en forma de delantal sobre el delantero del vestido; el borde de la falda superior va guarnecido con una guipure negra en ondas, y entre cada una de ellas, así como á cada punta, hay una borlita negra y color de lila. El corpiño es abierto con tirantes de guipure adornados con borlitas; las mangas llevan dos volantes como los de la falda.

He visto aun un precioso corpiño Mignon que recomiendo á mis lectoras, un corpiño á la Goethe con escotadura cuadrada. Nada puede imaginarse mas encantador, joven y casto que este bonito corpiño de corte alemán que deja descubierta el cuello en toda su pureza y blancura. Pero es preciso hallarse en la primavera de la vida para llevar el corpiño Mignon; se usa sin cuello, y todo su adorno consiste en una puntilla de encaje blanco con encaje negro.

Pero pasemos pronto á nuestro figurin. Voy á describir dos trajes, uno de baile y otro de visita; hé aquí como se compone el primero:

Vestido blanco de gasa con doble falda, la primera afollada por abajo con diez canelones de tul ilusión, adornados de cordoncillos de rosas sin hojas puestos al sesgo de distancia en distancia; la segunda falda cae formando túnica, y va abierta por los lados sobre la primera falda; las dos aberturas se sostienen con cuatro cordones de rosas. — Corpiño de punta muy pronunciada, con afollados de tul formando berta por detrás y solapas por delante; entre los afollados hay adornos de rosas, y en la punta del corpiño se ven tambien dos rosas. — Peinado en bandós muy ondulados y caídos, con una guirnalda de rosas; guantes largos con guarnición de rosas, y lazo de cintas color de rosa con puntas flotantes; ricos brazaletes; broche de esmeraldas y diamantes, y abanico Watteau.

El segundo traje es de gró negro de Atenas con una falda adornada con rico delantal bordado al pasado, y puntilla de perlas de azabache; corpiño subido, enteramente subido, así como las faldetas; botonadura de esmalte negro y diamantes; cuello de punto de Inglaterra; sombrero formado de listas de crespon blanco, con tres guarniciones de blanda por detrás, y encima plumas blancas; guantes de color claro.

Vizcondesa DE RENNEVILLE.

El general Castilla.

Como á causa de los últimos sucesos del Perú se fija hoy mucho la atención sobre el general Castilla, creemos será interesante una biografía de este hombre notable que se hallará en el artículo siguiente escrito por M. E. Charton cuyas singulares aventuras conocen ya nuestros lectores, y que hace ya muchos meses se embarcó otra vez para la América del Sur.

EL PERU. — CALLAO. — LIMA. — LAS PERUANAS. — COSTUMBRES Y DIVERSIONES. — LA ALAMEDA NUEVA. — DON RAMON CASTILLA. — UN BAILE LIMEÑO.

La mucha fama que los viajeros han dado al Perú es perjudicial á la primera impresion que se recibe al entrar en el país. Los europeos que van de paso, pueden volverse á veces con ideas desfavorables sobre esa comarca, pero los que residen en ella mas tiempo en breve descubren atractivos cada vez mayores y cobran afición á esa tierra privilegiada, por la suavidad de la temperatura y el carácter amable de las gentes.

Cuando despues de haber pasado la isla de San Lorenzo me encontré en frente de Callao y próximo á desembarcar en el territorio del Perú, confieso que me quedé desanimado al aspecto silvestre y pobre de la ciudad y de sus cercanías. Llegaba de la república del Ecuador, país tan rico en vegetación, y me figuraba el Perú mucho mas rico. Sin embargo, el aspecto de ese puerto de Lima tiene algo de grandioso por el lado del mar; sus fuertes majestuosos, sus casas pintorescas que, con sus balcones cerrados y pintados parecen á primera vista jaulas elegantes, sus muchos buques, el movimiento de la orilla, el desembarcadero cubierto de mercancías, ese ruido que anuncia un gran centro comercial, anunciaban una capital curiosa y opulenta. Por una piastra se va de Callao á Lima en un ómnibus, ó por mejor decir se iba en mi tiempo, pues hoy existe un camino de hierro hecho durante la presidencia del general Castilla; lo cierto es que yo tuve que contentarme con el ómnibus tirado por cuatro caballos tan enjutos como vigorosos. El camino atraviesa una llanura pelada donde el carruaje parece una barca que va navegando en un río de polvo. Algunas cañas raquíticas se descubren de trecho en trecho sobre la orilla opuesta á la en que está hoy el camino de hierro. El ojo no se distrae sino con el azul de un cielo transparente, y con las recuas de asnos con cargas de yerba mas grandes que ellos. A la mitad del camino se encuentra un convento arruinado por los terremotos, y á su lado una choza donde se venden licores y donde los cocheros se detienen para que se refresquen sus caballos y refrescar ellos con un vasito de pisco.

Pero tengamos un poco de paciencia; he aquí una magnífica arboleda que va á conducirnos á Lima, con límpidos arroyuelos que entretienen la frescura, y bonitos jardines llenos de palmeras y naranjos. Este paseo tiene mas de media legua, y se une á la ciudad por una puerta en arco de triunfo. Pasadas las primeras callejuelas, se entra en calles hermosas, y el carruaje se detiene en la plaza Mayor, que es muy bonita; sus galerías de columnas, su pintoresca catedral, que ocupa todo su frente, y la hermosa fuente monumental de bronce que hay en el centro, harían de ella una plaza magnífica si el palacio del gobernador que ocupa el cuarto lado fuese de una arquitectura mas digna del Perú. Sin embargo, otra vez me desanimé con el aspecto triste de las calles y la poca elegancia de las casas, pero en breve reconocí que uno de los rasgos característicos del Perú es la modestia con que se oculta todo lo que es bueno ó hermoso. Desde los trajes hasta los monumentos y las ciudades, todo es sumamente sencillo al exterior y casi todo es muy notable por dentro. La peruana se velaba antiguamente y se vela hoy los días de fiesta, con su saya hermosa y pintoresca, no dejando ver mas que uno solo de sus grandes y expresivos ojos negros; las casas solo presentan paredes desnudas y balcones cerrados, pero los patios están adornados de flores tropicalas y de pinturas, y los aposentos están bien dispuestos y amueblados con riqueza. El teatro que por fuera tiene algo de granja y de cueva, por dentro es espacioso, y está distribuido perfectamente.

En cuanto al clima, no puede compararse ningun país con esa parte del Perú que toca al océano Pacifico; nunca llueve, y un rocío que cae todas las noches, pero solo durante un invierno de tres ó cuatro meses, basta para fortificar la vegetación, y para que no haya polvo por las calles.

El puerto del Callao es una simple rada abierta pero de una seguridad bien conocida; jamás hay tempestades. Es una temperatura excepcional que da un sabor delicioso á los productos vegetales del país.

Si la fatuidad de algunos europeos ha exagerado en

demasia la facilidad de las costumbres en la sociedad peruana, es porque han conocido poco y han interpretado mal la franca hospitalidad de Lima; pero es preciso reconocer que no han exajerado nada cuando han dicho que las mujeres del Perú y de Guayaquil, son de una incomparable hermosura. Es imposible no admirar sus ojos, de una dulzura infinita, que es la expresion mas verdadera de un corazon bueno y generoso; su perfil de la mayor pureza, su boca fina y graciosa, sus cabellos sedosos y largos, su buena estatura y su ligereza, sus manos y sus piés de una pequenez tal como no se encontrarían en Andalucía. ¿Qué origen tienen estas cualidades físicas? ¿Proviene solo del clima, ó deben achacarse mas bien á una primera emigracion de la hermosa raza andaluza que luego se perfeccionó bajo la influencia del sol de los trópicos?

Bien que artísticamente haya que deplorar el abandono del antiguo traje nacional, las señoras de Lima llevan con tanta gracia las modas francesas, que no se les puede hacer un crimen de haberlas adoptado. Sin embargo, como tienen una gran pasion por el arte en general, es de esperar que no permitirán se pierda enteramente aquel antiguo traje que da al país un sello distintivo; el misterio que les procura á las limeñas les concede un poco de libertad de que usan con gracia en esas ocasiones á expensas de los galanes que quieren penetrar su incógnito.

Si la expulsion de los españoles causó grandes catástrofes y empobreció al país en general, aun quedan sin embargo fortunas muy considerables, y no es raro ver señoras en las fiestas adornadas con aderezos que han costado muchos miles de pesos fuertes.

Existe en el arrabal de Lázaro, junto al Rimac, un paseo magnifico donde gracias al general Castilla, se reúne ahora por la noche lo mas escogido de la socie-

dad que ántes solo podia verse en la intimidad de los salones. Este paseo que llaman la Alameda Nueva, se halla situado entre unas altas montañas y el cauce de un riachuelo sembrado de verdes islotes. Muchos dias de la semana la música militar acaba de hacer agradable este paseo. Tambien hay en la Alameda una pla-

par su patria la dió paz, y despues del nombre de libertador, ha merecido el de pacificador del Perú. El es quien ha hecho entrar á su país en la via del progreso, y aparece como una de las figuras mas notables de esas civilizaciones nacies.

Ramon Castilla nació en Javapaca, casi sobre las fron-

za de toros donde se dan corridas dos veces al mes. Se vuelve del paseo por el puente del Rimac colocado entre dos horizontes magníficos; uno de los lados de este puente mira á las nevadas cúspides de los Andes que se tiñen de colores rosados al salir el sol, y por el otro lado el sol que se pone en el mar ofrece todas las tardes un espectáculo espléndido que no cansa jamás la curiosidad de los habitantes. El riachuelo corre sobre guijarros, con cuyo motivo sus aguas producen un ruido de cascada, y el hermoso puente del Rimac aunque pequeño, presenta tan hermosos cuadros, que en sus bancos de piedra se ve todas las noches á lo mas selecto del mundo elegante.

La inauguracion de este paseo fué muy ruidosa; nunca habia visto Lima reunido en aquel punto tanto lujo, tanta elegancia y tanta riqueza. Al lado de los nuevos y ligeros carruajes ingleses y americanos se notaban aun esas grandes y ricas carretelas antiguas que gustan por su solidez y por la singularidad de su forma. Lima podrá disfrutar ahora de su propia elegancia gracias á su presidente, hombre de carácter antiguo, cuya fama es inmensa en el Perú, y que la Europa conoce apenas. Creo que me será permitido trazar algunas líneas de su historia.

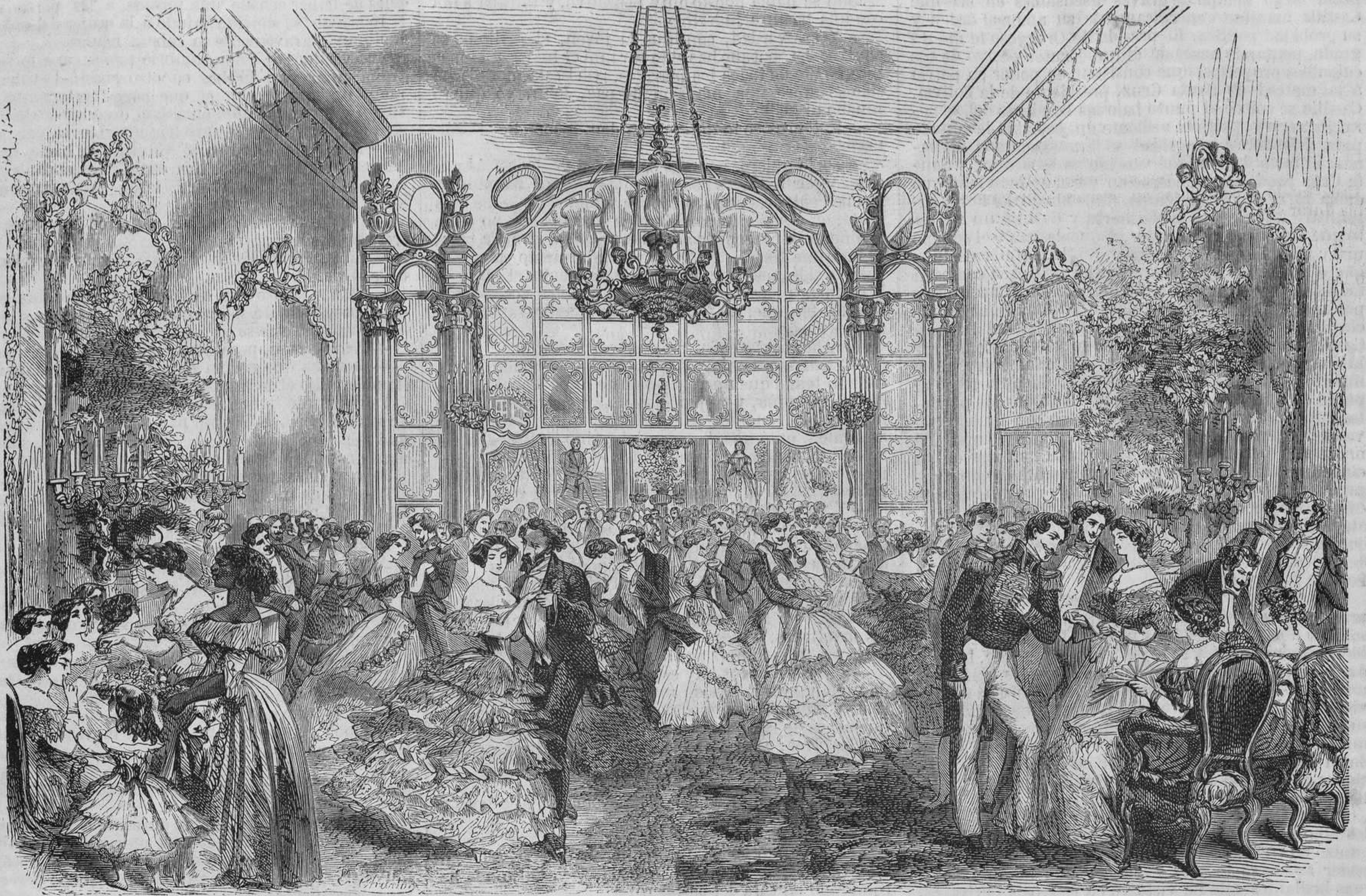
El general D. Ramon Castilla es una de las glorias militares del Perú, es uno de los restos de aquel puñado de hombres que acabaron con la dominacion española en Ayacucho. Pero su reputacion de guerrero, por gloriosa que sea, no es á nuestros ojos su primer título; no contento con emanci-



El general don Ramon Castilla, presidente del Perú.



Inauguracion del nuevo paseo en Lima, por el general don Ramon Castilla.



Baile dado al general Castilla.

teras de Bolivia el 31 de agosto de 1797. Su familia era distinguida por su nacimiento y sus virtudes; sin embargo, la vida del héroe peruano es bastante oscura hasta 1816. época de su entrada en el ejército español. Desde entonces se hizo distinguir por su mérito, y debió á esta sola recomendacion sus rápidos ascensos.

En 1822, año célebre en la historia de las repúblicas de la América del Sur, era capitán, y se puso inmediatamente bajo las órdenes de San Martín, que enviaba Chile en socorro de la revolucion peruana. Esta campaña terminó el 9 de diciembre con la victoria de Ayacucho alcanzada por los ejércitos de Co-

lombia y del Perú sobre las fuerzas españolas del virey Laserna. Bolívar y San Martín habían reconocido en Castilla un alma de su temple vigoroso, y le nombraron sucesivamente mayor, teniente coronel y general. Los primeros pasos de una república naciente, por robusta que sea, son siempre inseguros; el Perú fué



Salon de refrescos del baile,

presa largo tiempo de graves disensiones en las que Castilla manifestó enérgicamente su amor al orden y su probidad política. El presidente Orbegoso le dió un grado, pensando hacer de él un ejecutor pasivo de sus culpables proyectos, que consistían en poner su patria á la merced de Santa Cruz, presidente de la Bolivia. Castilla se colocó al punto bajo las banderas del general Salaverry, patriota ardiente que se habia levantado para defender la integridad y la nacionalidad peruanas. El buen derecho fué vencido en Socaboya, y Santa Cruz fundó la confederación peruano-boliviana que debia durar tan poco tiempo. Chile aliado del Perú, suministró á los generales Gamarra y Castilla un ejército que llamaron restaurador, y que destruyó el edificio mal construido de Santa Cruz. En la batalla de Jungay el 20 de enero de 1839, Castilla mandaba como en todas las expediciones, la caballería, esta arma tan importante en las guerras del Nuevo-Mundo. Gamarra fué elegido presidente de la nueva república del Perú, y Castilla ministro de Hacienda. Pero volvió á comenzar la guerra con la Bolivia; el presidente fué derrotado y muerto, y Castilla quedó prisionero. Vivamo tomó el punto de Gamarra y suscitó contra él todos los patriotas cuyo corazón no se habia enervado con aquellos reveses pasajeros. Castilla, libre hacia algun tiempo, fué nombrado comandante de la guardia nacional en su ciudad natal donde se retiró, pero luego hubo de comprender que habia llegado la hora, y con un ejército compuesto de elementos diversos y poco numerosos, atacó al jefe que dominaba á su patria. Secundado poderosamente por los generales Nicoto y Iguaiu, marchó de triunfo en triunfo, derrotó á Vivamo y devolvió al Perú la paz y la libertad.

En 1845 se le concedió por aclamación el título de presidente, y desde esa época la paz ayudó al valeroso soldado á emprender obras nuevas. Bajo su buen gobierno todo se creó y se organizó rápidamente, hacienda, funciones públicas, revision de créditos, reformas militares, leyes comerciales, etc. Castilla tuvo á su servicio á todos los hombres ilustrados, y hasta llamó á su lado á sus enemigos haciendo callar sus resentimientos ante el bien público. Por último, para colmo de su gloria, resignó sencillamente y honradamente sus funciones en el plazo determinado como un hombre de los tiempos antiguos.

Algun tiempo antes del fin de su gobierno, uno de los hombres mas distinguidos del país, M. Codicido, organizó en su honor una fiesta á la que habria querido poder asociarse toda la nacion, y que fué una de las mas brillantes que he visto yo en este país. Primeramente habia un salon con una rica mesa cargada de refrescos, y con hamacas elegantes donde las señoras iban á columpiarse en medio de las flores mas preciosas y raras. La horticultura está poco adelantada aun en el Perú, y las flores llegan á costar precios fabulosos; allí habia ramilletes que habian costado 120 ó 140 pesos cada uno. El baile se abrió en el salon mas elegante de una casa cuyas piezas todas se hallaban adornadas con un lujo asiático. Se principió por un baile nacional muy original y característico: las señoras de un lado y los hombres de otro se colocan sobre una sola línea en todo el largo del salon; se observa el orden de gerarquía: el presidente estaba á la cabeza en frente de la señora de la casa, el ministro de Inglaterra en frente de la señora del presidente; el cónsul general de Francia en frente de la señora del ministro de los Estados-Unidos, etc. A la señal que dió la música del regimiento colocada en el primer patio, las dos columnas se pusieron en movimiento, y cada caballero despues de algunas vueltas con la señora que tenia en frente, se hallaba ante la señora que lo seguía; esta misma figura se repite hasta que cada caballero haya bailado con todas las señoras que componen la contradanza.

Despues vinieron todos los bailes á la moda en los que descuellan las hermosas limeñas. En el intervalo de las contradanzas, la dueña de la casa y sus hijas distribuian á los convidados bonitos recuerdos compuestos principalmente de frutas cubiertas de filigranas de plata, ó de flores imitadas con esa misma composicion y perlas de colores. Luego echaban perfumes variados en los pañuelos. A media noche sirvieron en este salon un banquete espléndido renovado tres veces: la primera para las personas casadas ó de cierta edad; la segunda para las señoras (cada una servida por su caballero), y la tercera para estos caballeros.

El paseo y los bailes no son las únicas diversiones de Lima, sino que tambien gustan mucho las artes, los conciertos, la ópera, en suma, hay distracciones de todas clases.

Como todo europeo, he conservado un recuerdo agradable de la buena acogida que recibí en Lima, á la cual viviré siempre reconocido

E. CHARTON.

El grillo doméstico.

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

— ¡Qué placer me causó su canto! Parecia lleno de promesas, parecia decirme que serias para mí afectuoso y bueno, que mirarias con indulgencia las niñerías de tu mujer.

John se habia puesto muy pensativo, y miraba á Dot con una ternura indecible.

— Y era verdad, continuó la jóven, el grillo no se equivocaba, porque has sido para mí el mejor y el mas indulgente de todos los maridos. ¡Oh! esta morada ha sido siempre una mansion de paz, John, yo quiero mucho al grillo.

— Entonces yo lo quiero tambien, respondió el ordinario

— Yo lo quiero por sus conciertos de todas las noches, y por todos los pensamientos que me ha dado su voz inocente. A veces, al caer la tarde, cuando me veia triste, en aquel tiempo, John, en que todavia no tenia el niño para hacerme compañía y para alegrar la casa, cuando me ponía á pensar en el aislamiento en que te dejaria si llegase á morir, en esos momentos el canto de la chimenea parecia que me hacia oír otra vozcita tan suave y tan querida, que mi espanto se desvanecía como un sueño.

John la miraba cada vez con mas ternura.

— Y cuando temia, lo que no ha sucedido, John, cuando temia que nuestra union no fuese dichosa, pues era yo tan niña, y tú parecias mas bien mi padre que mi marido, cuando pensaba que quizá no podrias amarme... entonces la voz del grillo reanimaba mi valor y disipaba mis inquietudes. — todos estos pensamientos me han asaltado esta noche mientras te esperaba sentada á la lumbre, y doy gracias al grillo.

— Y yo tambien se las doy, repitió John; pero dime, Dot, ¿porqué dudabas de mi cariño? ¿Acaso no te amaba ya mucho tiempo antes de traerme aquí para que fueras el ama del grillo? Responde, picarilla.

Dot dejó caer su mano sobre el brazo de su marido mirándole con ojos enternecidos. Un instante despues estaba arrodillada ante el canasto donde se hallaban los envoltones, y luego se puso á arreglarlos sobre una mesa sin interrumpir por eso su conversacion de niña.

— Pocos encargos hay esta noche, John; pero acabo de ver algunos bultos de mercancías detras de la carreta, y aunque nos incomoden un poco no debemos quejarnos de ello, pues sin duda los pagan lo mismo que los otros; además, ya habrás distribuido algo antes de entrar en casa, ¿no es cierto?

— Sí, dijo John, venia muy cargado.

— ¿Pero qué hay en esta caja redonda? Apostaria á que es un pastel de boda.

— ¡Qué bien adivinan las mujeres esas cosas, repuso John con admiracion; un hombre nunca caeria en ello. Sí, Dot, es un pastel de boda, y yo mismo le he comprado en casa del pastelero.

— ¡Oh! pero pesa mas que diez pasteles juntos, exclamó Dot fingiendo que no podia levantarlo; ¿para quién es, John; para quién?

— Lee las señas, ahí están.

— Es una broma, John, repuso despues de haber leído las señas; nunca podrás hacerme creer que este pastel es para Gruff-y-Tackleton, el fabricante de juguetes de niños; no es posible.

John hizo una señal afirmativa.

Mistress Peerybingle meneó la cabeza al ménos cincuenta veces con aire de duda, y haciendo al mismo tiempo la mueca mas graciosa del mundo.

— ¿De modo que es verdad? preguntó Dot; yo conozco á la novia, hemos ido juntas á la escuela.

John hizo otra señal afirmativa.

— ¡Pero si él es tan viejo y ella tan jóven! John, ¿cuántos años te lleva Gruff-y-Tackleton?

— ¿Cuántas tazas de té tomaré yo esta noche? repuso John; á lo ménos cuatro veces mas de las que toma en una velada Gruff-y-Tackleton. En cuanto á la comida, continuó cortando el jamon con aire de júbilo, es otra cosa; no como mucho, pero como con apetito.

John no se olvidaba jamás de pronunciar estas palabras cada vez que se sentaba á la mesa, y esta inocente creencia era una ilusion que su apetito destruía victoriosamente todas las noches.

Contra su costumbre, Dot no hizo alto ninguno en esta sencilla confesion que provocaba siempre sus sarcasmos y su franca alegría; habia rechazado con la punta del pié la caja donde estaba el pastel de boda, y parecia sumergida en graves meditaciones.

Por mas que John la llamaba, por mas que pegaba con su cuchillo sobre la mesa, Dot no se movía.

Por fin se decidió á tomarla del brazo invitándola á que tomara asiento, lo que hizo riendo de su distraccion, pero ya no se reia alegremente, era seguro que algo de extraordinario pasaba por ella.

El grillo se habia callado y el cuarto habia tomado de súbito un aspecto casi triste.

— ¿Y eso es todo, John? dijo mistress Peerybingle señalando los paquetes.

— Todo, respondió John; pero... ahora me acuerdo, añadió dejando su tenedor y su cuchillo, en verdad que he olvidado completamente al *viejo gentleman* (el diablo).

— Sí, en la carreta, repuso John; estaba dormido sobre la paja cuando llegué, y á fe mia que no volví á acordarme.

John salió para reparar su descuido.

Ménos olvidadizo que su amo, el perro estaba de centinela en el patio, sin duda para cuidar de que el *viejo gentleman* no robase los objetos que estaban en el carro.

— ¡Qué dormilon! exclamó John entrando con el forastero que vino á plantarse en medio del cuarto.

El *viejo gentleman* tenia una cabellera muy canosa y muy larga: sus facciones eran hermosas para su edad, y sus ojos brillaban como los de un jóven. Des-

pues de haber echado una mirada á las personas que le rodeaban, se sonrió y saludó á la mujer del ordinario inclinando gravemente su cabeza blanca.

Sus vestidos de color sombrío tenian una forma extraña y parecian hechos en otro siglo; llevaba en la mano un garrote con el que pegó fuertemente en el suelo, y que se cambió en sillón, despues de lo cual se sentó en él con una sangre fria imperturbable.

— Mira, dijo el ordinario volviéndose hacia su mujer; en esa posicion estaba cuando le encontré en el camino, parecia una piedra, tanto mas cuanto que es sordo como una tapia.

— ¿Cómo! ¿estaba sentado al fresco? preguntó mistress Peerybingle.

— Sí, estaba tomando el fresco justamente á la caída de la tarde.

— ¡Porte franco! me gritó arrojándome una moneda, y luego subió á mi carreta, y ahí le tienes.

— Supongo que se va á marchar, John.

— Nada de eso, pero quiere hablar.

— Deseaba que no me incomodaran antes de haber llamado, dijo el forastero; no me hagais ningun caso.

Y despues de haber pronunciado estas palabras, sacó de sus anchos bolsillos un par de anteojos y un libro que se puso á leer con la mayor serenidad, sin alarmarse con los ladridos amenazadores del perro.

John y su mujer se miraron con sorpresa.

Despues de un instante de silencio, el forastero alzó los ojos, y mirando alternativamente á los dos personajes, exclamó dirigiéndose al ordinario:

— Sin duda es tu hija, mi buen amigo.

— Mi mujer, respondió este.

— ¿Sobrina? preguntó el forastero.

— Mi mujer, gritó John.

— ¿De veras? repuso el desconocido; muy jóven es por cierto.

Y luego volviéndose con la mayor calma continuó su lectura, pero apenas habia recorrido cuatro líneas, cuando alzó de nuevo los ojos diciendo:

— ¿Y el niño es vuestro?

Por toda respuesta John hizo un movimiento de cabeza muy enérgico.

— ¿Niña?

— Muchacho, gritó John con todas sus fuerzas.

— ¿Cuántos años tiene?

— Dos meses y tres dias, se apresuró á decir mistress Peerybingle. — Vacunado hace mes y medio, muy robusto para el tiempo que tiene, segun dice el doctor, es muy listo, lo comprende ya todo; se sostiene derecho... ¡es sorprendente!

Mistress Peerybingle se habia quedado sin aliento despues de haber gritado estas frases entrecortadas á los oídos del desconocido. Sin embargo, se fué á tomar el niño que levantó con aire de triunfo ante el anciano para acabar de convencerle.

— Llaman á la puerta, vé á abrir, Tilly, exclamó el ordinario.

Pero antes de que la jóven hubiera tenido tiempo para hacerlo abrieron la puerta por fuera.

Era una de esas puertas primitivas que solo tienen un simple picaporte, de modo que pueden entrar libremente las visitas, y á fe mia, el número de ellas era crecido en la morada de John, pues las gentes de la vecindad, cualesquiera que fuese su condicion, gustaban de hablar cuatro palabras con el ordinario, que sin embargo no era charlatan por naturaleza.

En el umbral se presentó un hombrecillo, flaco y triste, vestido con un leviton cuya tela parecia un lienzo viejo de costales. Si aun podia quedar alguna duda con respecto á esto, no fué de larga duracion, pues en el momento en que el hombrecillo se volvia para cerrar la puerta, se pudo leer sobre su espalda la palabra FRAGIL escrita en gruesos caracteres.

— Buenas noches, John, dijo el recién venido; buenas noches, mistress Peerybingle; buenas noches, forastero. ¿Cómo sigue el niño, mistress Peerybingle? ¿Y Boxer, está bueno?

— Todo el mundo va bien, Caleb, respondió Dot, y con solo mirar al niño podeis convenceros de que todos estamos perfectamente.

— ¿Teneis mucho trabajo ahora, Caleb? preguntó el ordinario.

— No falta, no falta, John, respondió Caleb con el aire distraído de un hombre que se ocupa en buscar la piedra filosofal. Las arcas de Noé dan bastante que hacer estos dias; habria deseado que los animales estuviesen mejor hechos, pero al precio á que se venden, no se puede mas; ¿traeis algo para mí, John?

El ordinario metió la mano en el bolsillo del capote que se habia quitado antes y sacó un tiestecillo de flores cuidadosamente envuelto en musgo y en papel.

— Aquí teneis, dijo tomándole con precaucion; no se ha echado á perder ni una sola hoja.

Una chispa brilló en los ojos de Caleb, que tomó el tiestecillo de flores, y dió las gracias al ordinario.

— Es muy caro en esta estacion, muy caro, dijo John.

— El precio poco importa, respondió el hombrecillo, y por tenerlo habria dado el doble si hubiera sido preciso; ¿nada mas teneis para mí, John?

— Sí, una cajita, aquí está.

— Para Caleb Plummer, dijo el hombrecillo delectando las señas.

— ¡Mil gracias, John, ¿cuánto os debo?

— ¡Oh! no es nada, las gracias me bastan.

— Siempre sois así, repuso el hombrecillo; pero vamos... ¿es todo?

— No lo creo, contestó John; á ver si os acordais.

— ¿Hay algo para mi amo? preguntó Caleb al cabo de un instante de reflexion; si, ya me acuerdo, justamente habia venido por eso, pero tengo mi cabeza tan llena de cosas... No ha venido mi amo, ¿no es verdad?

— Está muy ocupado con sus amorios; dijo el ordinario.

— Sin embargo, debe venir, repuso Caleb, me lo dijo, y por esta razon me voy á marchar cuanto ántes. En efecto, ya se disponia á salir cuando distinguió á su amo que acababa de abrir la puerta.

— ¡Ah! ¿estais aqui? dijo este, esperad un momento y nos iremos juntos. John Peerybingle, buenas noches; mistress Peerybingle, os saludo con todo mi corazon; cada vez mas hermosa.

— Vuestro agasajo deberia sorprenderme, M. Tackleton, dijo mistress Peerybingle con un airecillo serio, si no estuvieseis en visperas...

— ¡Ah! ¿ya lo sabeis?

— A lo ménos, repuso Dot, he hecho cuanto he podido para creerlo.

— ¿Y os ha sido difícil?

— Difícilísimo.

Tackleton, el mercader de juguetes, era llamado generalmente Gruff-y-Tackleton, del nombre de su casa de comercio, bien que su asociado Gruff se hubiera retirado ya de los negocios.

La vocacion de Tackleton habia sido completamente desconocida por sus padres. Si hubieran hecho de él un usurero, un abogado, un corredor ó un cherriff, despues de haber gastado largamente su natural en villanas transacciones, se habria vuelto al fin bueno y amable, solo por el gusto de cambiar.

Pero en el oficio monotono de fabricante de juguetes se habia vuelto una especie de ogro doméstico que con tantos enredos de chiquillos se habia vuelto el enemigo mas implacable de estos. Despreciaba soberanamente todos los juguetes, y de intento daba á sus muñecas gesticulaciones horribles; este era el único placer que conocia.

Y así como era en sus juguetes, era tambien en todas sus acciones. Adivine el lector que hermoso personaje le presento.

Sin embargo, Tackleton, el mercader de juguetes, estaba á punto de casarse; sí, á despecho de todo eso se iba á casar, y lo que es mas aun, con una mujer jóven y bonita.

Ciertamente nadie le habria tomado por un novio al verle en el cuarto de John con su rostro agrio y enjuto, su cuerpo rechoncho y sus ojillos de mochuelo. Y sin embargo iba á casarse.

— Dentro de tres dias, el juéves próximo, el último dia del mes, se me acaba mi vida de soltero, exclamó Tackleton.

— He dicho que tenia un ojo muy abierto y el otro casi cerrado, y que este último era el ojo expresivo? Me parece que no he hablado de esto.

— El juéves serán mis bodas, continuó Tackleton haciendo resonar su dinero.

— Precisamente el aniversario de nuestro matrimonio, exclamó el ordinario.

— ¡Singular coincidencia! dijo Tackleton sonriéndose; formarémos dos parejas casi semejantes.

Esta comparacion presuntuoso excitó la indignacion de Dot. — No le faltaria mas, pensaba, que lisonjearse de tener un niño como el nuestro; este hombre está loco.

— ¿Vendréis á mis bodas? dijo Tackleton.

— Tenemos la intencion de celebrar en casa el aniversario de nuestro matrimonio, respondió John; ya lo hemos dicho hace mas de seis meses.

— ¡Qué grillo tan insoportable teneis ahí! exclamó Tackleton; yo en vuestro lugar le mataria; no puedo soportar sus chillidos.

— ¡Cómo! ¿acostumbráis á matar los grillos? preguntó John.

— Todos, contestó Tackleton, los extermino... pero decidme, ¿vendréis? Está en vuestro interés tanto como en el mio el que nuestras mujeres se persuadan mutuamente de que son dichosas, y yo las conozco; existe en ellas un espíritu de emulacion tan grande, que si vuestra mujer, verbigracia, dijera á la mia que os adora, mi mujer diria otro tanto de mí á la vuestra, y creerian la mitad de lo que habrian dicho.

El ordinario miró alternativa mente á la lumbré, á su mujer y á Tackleton, sin saber qué responder.

— ¡Buenas noches! dijo en fin Tackleton que no se sentia muy á gusto con aquella incertidumbre silenciosa. Buenas noches y buenos sueños.

Y salió seguido de Caleb.

Apénas habian atravesado el umbral de la puerta cuando un grito penetrante resonó en el cuarto; este grito fué arrojado por mistress Peerybingle que se habia levantado de su silla, y que parecia sobrecogida de un terror secreto.

El forastero se habia acercado á la lumbré á calentarse y se mantenía á dos pasos de ella, en apariencia muy sereno.

— Dot, exclamó el ordinario, amor mio, ¿qué tienes? respóndeme.

Por toda respuesta Dot se restregó las manos una contra otra y se echó á reir convulsivamente; pero luego soltándose de los brazos de su marido se dejó caer en el suelo, y cubriéndose el rostro con su delantal se puso á sollozar y á reir alternativamente.

Un instante despues se quejó del frio, y su marido la llevó otra vez á su puesto junto á la chimenea.

El anciano seguia conservando su calma y su inmovilidad.

— Me siento mejor, John, dijo Dot al cabo, estoy ya bien ahora... yo...

Pero John se preguntaba si su mujer habia perdido la cabeza, pues mientras le hablaba no cesaba de mirar con atencion al desconocido.

— De veras no es nada, amigo mio, una alucinacion... una especie de choque violento... no sé qué... pero en fin, ahora estoy bien, lo juro.

El ordinario se habia asustado tanto, y además tanto se ocupaba en prodigar cuidados á su mujer, que apénas habia notado la presencia del extranjero.

— Sin embargo, pensó John, ya es tiempo de que se vaya, y voy á ver si lo comprende.

— Disimuladme, amigo mio, le dijo adelantándose el viejo, disimuladme si permanezco aquí, tanto mas cuanto que vuestra esposa se halla enferma, pero la persona que debia venirme á buscar no llega, y os suplico que tengais la bondad de alquilarme una cama.

— Sí, sí, contestó Dot, seguramente.

— ¡Oh! exclamó el ordinario sorprendido con la precipitacion de su mujer.

— Yo no digo que no, exclamó dirigiéndose al viejo, pero sin embargo me parece que...

— Cállate, amigo mio, te lo suplico, repuso Dot interrumpiéndole.

— ¡Cómo! es sordo como un poste.

— Sí, ya lo sé... pero... si señor, dijo ella hablando con el extranjero; voy á mandar que os dispongan una cama.

Y salió en efecto, pero con tanta prisa y agitacion que el ordinario permaneció petrificado de sorpresa.

— Quisiera saber que es lo que tiene, se decia.

(Se continuará.)

Un periódico de California.

Tenemos á la vista un periódico semanal titulado *The Wide West* (el Vasto Oeste), que se publica en San Francisco, en una forma tan gigantesca, que da lugar á la insercion de toda especie de cosas. Las siete columnas de texto de cada página se hallan sembradas de grabados, de los que damos aquí varias copias, y ellos prueban sin duda que si la sed del oro tiene á los mineros ó *digers* en un estado próximo á la barbarie, las bellas artes cuentan sin embargo muchos aficionados en la California.

Poesías serias y jocosas, cuadros de costumbres, novelas, pensamientos y máximas, viajes, anécdotas, agudezas, caricaturas, anuncios, el periódico inglés lo abraza todo.

Sus grabados mas interesantes son relativos á los chinos que han emigrado á la California.

Los chinos, dice el redactor, son para nosotros una plaga y un enigma inexplicable; solo se hallan unánimes para el malo. Aquellos que pueden hacerlo, exigen continuamente á sus compatriotas impuestos cuyo destino es un misterio. Cuanto mas se estudian sus costumbres, ménos se comprenden. La única razon que hayan dado hasta aquí para explicar las muchas discusiones que se elevan entre ellos es la existencia de una sociedad secreta, de la que nadie conoce ningun miembro. Lo cierto es que sus disputas no tienen fin; se podria creer que viajan por cuadrillas de partidarios con fuerzas casi iguales, y sus combates son mas notables por los grandes preparativos que los preceden que por la sangre que en ellos se derrama. Cuando se ha decidido una pelea, todos los herreros de las cercanías trabajan en fabricar instrumentos de combate, y el que inventa el arma mas incómoda y ménos útil es el que logra mayor venta. Nuestro primer dibujo representa la última de estas batallas acaecida en las minas del Norte.

La segunda lámina ofrece una escena que se ve todos los dias; al rededor de la mesa de juego se hallan reunidos esos asiáticos, cuya venida á nuestro país puede considerarse como una maldicion. Allí se ven representadas las diferentes fisonomías que se encuentran en la raza mongoliana con las ligeras modificaciones que sus hábitos les permiten hacer en sus trajes. El vicioso pasatiempo á que se entregan no podria añadir nada á la degradacion pintada en los rostros de los jugadores. Las mandíbulas salientes, la nariz vulgar, los ojos apagados, todo indica su inferioridad comparados con la raza entre la cual les ha lanzado su avaricia ó la avaricia de los capitalistas. Los que tienen aun á los chinos por objetos curiosos, apénas podrán creer que la escena que ofrecemos aquí se repite todas las noches en cien sitios diferentes, y que las casas en donde tienen lugar estas orgias, aunque sean las mas miserables de la ciudad pagan mas de alquiler relativamente que las mejores habitaciones de San Francisco.

Los *lavaderos chinos* trabajan mas barato que los otros, pero si tenemos en cuenta los botones arrancados, los ojales abiertos, el color sucio de la ropa que sale de sus manos, los malos pliegues que dan á las pecheras de las camisas, los objetos de algodón que substituyen con mucha frecuencia á la ropa de hilo, es dudoso que al cabo y al fin tengamos alguna economia. Como un chino creeria degradarse llevando un envoltorio de otro modo que á la oriental (colgado de un palo que lleva al hombro, y bajo el cual ejecuta un trote de una invariable elegancia), la ropa limpia ó sucia va dispuesta en paquetes convenientes para este

modo de transporte como se puede ver en la tercera lámina. Su manera de planchar es muy original; el brillo que resulta no rivaliza con el de un espejo, y el almidon no se prodiga mucho, de modo que las pecheras y los puños no presentan ninguna consistencia; nadie diria que la camisa que uno lleva, la trajo por la mañana el lavadero.

No podria darse una prueba mejor de la influencia degradante que ejercen sobre las mujeres las costumbres orientales que la condicion de las chinas en la California; todas sus excepciones son viciosas; ni una sola ha querido entregarle á una ocupacion honrada. Llegaron aquí con un fin resuelto, y le siguen con una obstinacion tan invariable como repugnante. Estas mujeres son tan odiosas, que en muchas ciudades no se tolera su presencia, y en las otras se hallan sometidas á toda clase de insultos, hasta el extremo de que á veces sus moradas son destruidas ó sumergidas por medio del agua que arrojan con las bombas de apagar incendios. Se quiso atenuar el mal hace algun tiempo, pero sin resultado; quizás su remedio no se encuentra sino en la elevacion de la moralidad general. Sin embargo, se podria desterrar á estas criaturas á un rincón poco frecuentado de la ciudad donde sus caras pintorrescadas no chocasen á las gentes honradas que tienen que atravesar las calles que infestan.

He aquí ahora un *fandango de mireros indios*. Puede ser que se hallen dotados de ménos gracia y destreza en sus movimientos que ciertas variedades mas civilizadas de la especie humana, pero no creemos que los bailarines mas famosos puedan mostrar mas vigor en divertirse tanto como ellos. Su música es fatal, pero su melodía gusta mucho al auditorio compuesto de mujeres que jamás toman parte en estas fiestas, contentándose con presenciarlas. Nuestros bailarines no son escrupulosos en cuanto al traje, y á veces prescindien de él enteramente como ese atrevido guerrero que se encuentra á la izquierda de la lámina. Estos indios no son mucho mas hermosos que los chinos, pero se consideran infinitamente superiores á ellos y los miran con desprecio y desden. Por lo demás la aversion es recíproca, lo que no debe sorprendernos.

Permitásenos citar algunos de los pensamientos y máximas que contiene el número del *Wide West* á que nos referimos.

La verdad es una cosa demasiado preciosa para prodigarla á un cualquiera.

Antes se decia: conócete á tí mismo. Hoy se ha reemplazado esta máxima por esta otra, que es mucho mas provechosa: conoce á tu vecino y todos sus negocios.

Se puede vivir sin hermano, pero no sin amigo. Para merecer un buen amigo hay que serlo.

Dad al hombre talento y riqueza y es un rey.

Dadle talento sin riqueza y es un esclavo.

Dadle riqueza sin talento y es un necio.

Hay cuatro clases de lectores: la primera se parece á un reloj de arena; su lectura es la arena que cae sin dejar señales. La segunda se parece á una esponja que se embebe de todo y lo devuelve todo casi en el mismo estado que ántes, solamente un poco mas sucio. La tercera se parece á un cedazo que deja escapar todo lo que es bueno y puro y solo se queda con los desperdicios. La cuarta se parece á un esclavo que trabaja en las minas de Golconda y que arroja lo que no tiene valor quedando solo con los diamantes.

Pasemos ahora á las anécdotas:

« Maldigo el dia en que nos casamos, » decia un marido furioso á su cara mitad « Guárdate bien de ello, amigo mio. respondió ella con dulzura, pues es el único dia de felicidad que hemos tenido. »

« ¿Que has quemado ahí Tomas? » preguntaba un escritor á su criado. « ¡Oh! señor, no he quemado mas que los papeles escritos que incomodaban en su mesa de Vd.; no he tocado al papel blanco. »

Un periódico de Albany publica el aviso siguiente firmado Johanna Reutz:

« En atencion á que José Reutz, mi marido, me ha abandonado sin provocacion de mi parte, y que no me ha dado noticias suyas hace un año, declaro por este aviso que si no está de vuelta dentro de tres dias, me consideraré como divorciada y volveré á casarme inmediatamente. »

Concluirémos por un hecho que caracteriza muy bien el estado semi-bárbaro en que se encuentra el *Far West*:

Moisés Stevens habia mostrado el carácter mas suave y mas pacífico hasta el dia en que se presentó como candidato para la Asamblea legislativa. Sus competidores trabajaban mucho para denigrarle, todos los periódicos repitieron infames acusaciones contra él, que por cierto pagó á sus enemigos en la misma moneda. Estos imaginándose imponerle silencio le enviaron un duelista de profesion, pero Stevens no retrocedió, y del primer golpe mató á su enemigo. Otros duelos siguieron al primero, y siempre salió vencedor: esto le hizo insolente y altanero, y cuando mató media docena de hombres, ya no se atrevieron á provocarle.

Un dia que estaba en un café contando sus hazañas (era algunos años despues) distinguió un jóven que le consideraba atentamente, y cuya mirada fija le turbó; sin embargo, dominando su emocion, concluyó por decirle:

— Parece que habeis admirado mi talento de narrador.

— No admiraba vuestro talento de narrador; me sorprendia al ver un asesino.

— He hablado de broma, os lo aseguro.

— Mentís.

Stevens se puso blanco como un papel.

— ¿Y qué pruebas tenéis para decir que miento? Me sois enteramente desconocido, en mi vida os he visto.

— Poco importa, M. Stevens. yo os conozco por un asesino, y ahora veo que sois un cobarde.

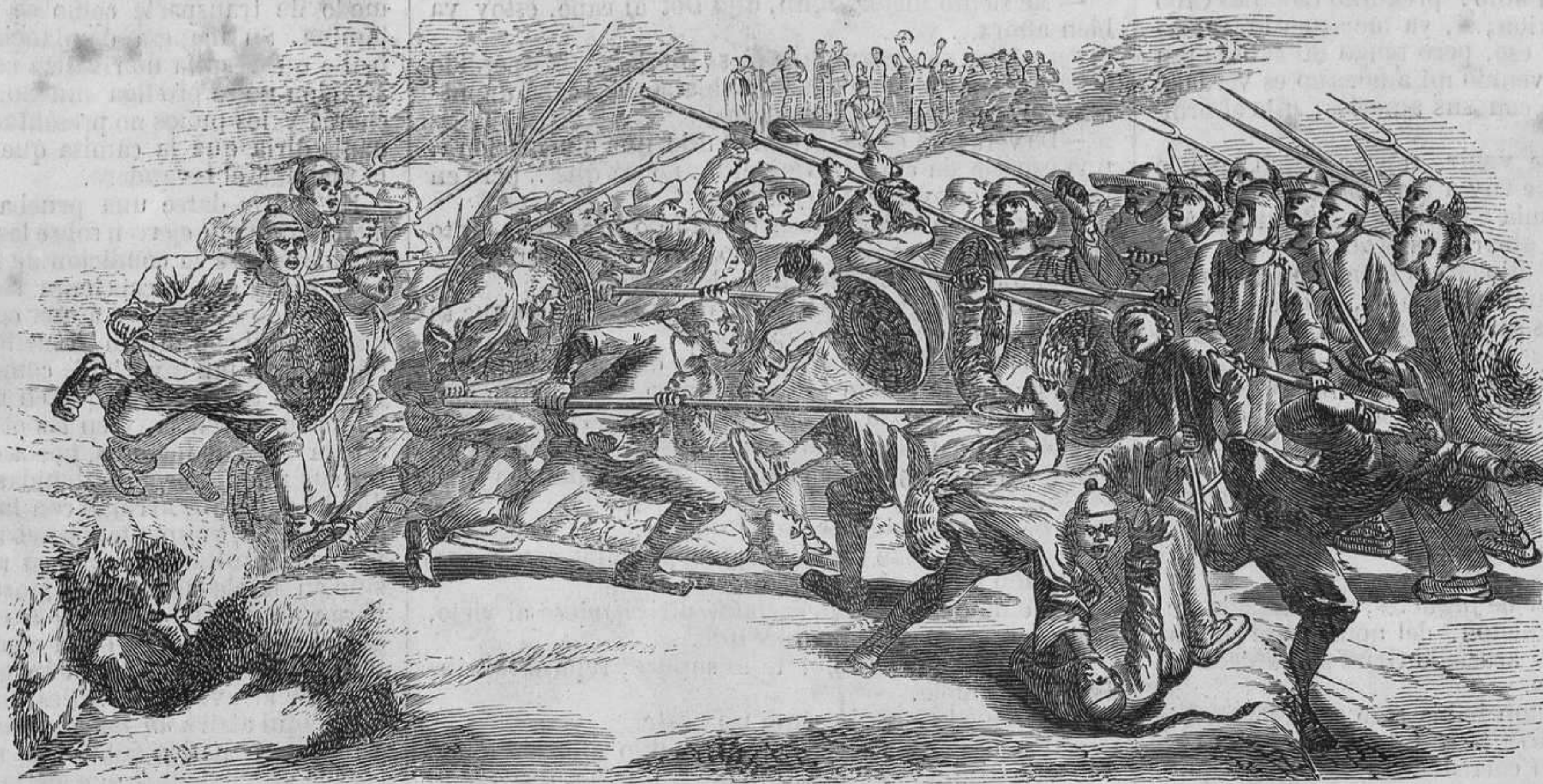
— ¿Quién sois para hablarme así?

— Soy hijo de uno de los que habeis asesinado.

— Seguramente os engañais, joven. ¿Cómo se llamaba vuestro padre?

— No os lo diré, infame y cobarde, embustero, hasta el momento en que exhaleis el último suspiro: ese nombre será para vuestra alma la señal de tormentos eternos; hombre de sangre, ha llegado vuestra hora postrera.

A estas palabras Stevens se quedó confundido como un culpable que oye su sentencia. El joven forastero le contempló con desden durante algunos momentos, y luego le dijo:



Un combate de chinos en las minas del Norte.

— Tenia intenciones de ahogaros aquí, miserable, pero no quiero matar ni siquiera á un asesino sin darle una probabilidad de aceptar su vida. ¿Cobarde! ¿aceptais un combate?

— Un rasgo de alegría salvaje iluminó las facciones de Stevens y respondió:

— Sí, la hora, el lugar y los padrinos.

La noticia de este duelo singular se esparció rápidamente, y una concurrencia numerosa acudió al sitio designado. La noche estaba sin luna y sin estrellas; las teas de los espectadores lanzaban singulares resplandores sobre los emparrados que ocultaban las paredes.

Diez minutos ántes de las doce llego Stevens con su

— En breve estará todo. Esta noche á las doce en la casa aislada en el hosque á cinco millas de aquí por el lado del Este. Llevad un amigo que os acompañe; tomad un *bowie knife* (ancho cuchillo corvo en forma de yatagan), ó un puñal, lo que queráis. Nuestros padrinos cerrarán la puerta por fuera despues de haber jurado sobre el Evangelio que nos dejarán solos en las tinieblas durante veinticinco minutos: ¿qué os parece?

— Muy bien, está corriente.

El joven se marchó y se dirigió hácia el lugar de la cita.



Una casa de juego china en la California.



Los lavaderos chinos.

padrino, y cuando las dos agujas de su reloj se reunieron sobre la cifra XII, exclamó con un aire de triunfo:

— ¡Héme aquí! pero ¿y mi adversario?

— Presente, respondió una voz clara y vibrante.

Una llave rechinó en la cerradura, la puerta se abrió y en el umbral se apareció el extranjero.

Los combatientes se despojaron de sus fracs, de sus chalecos y de sus camisas. El desconocido no llevaba otra arma que un largo puñal no muy ancho, pero cortante como una navaja de afeitar y de dos filos. Stevens había elegido un enorme bowie-knife pesado como una maza de salvaje. Se convino en que todos aquellos que tenían antorchas se retirasen á veinte pasos de distancia, á fin de que ningun rayo de luz pudiese penetrar por las rendijas de la puerta y de las ventanas. Los padrinos colocaron á los combatientes en los dos extremos opuestos del cuarto, cerraron la puerta y se alejaron.

Los dos adversarios se bajaron y se quitaron con el mayor silencio sus zapatos para no hacer ruido, al andar; el mismo pensamiento les había venido á ambos. Despues el joven extranjero siguió la pared muy callando, hasta que llegó á unos cuatro piés del rincon donde había sido colocado su enemigo. Entonces se detuvo á escuchar; durante algunos segun-

dos solo oyó los latidos de su propio corazon, pero en breve distinguió como una respiracion ahogada que venia del rincon que él había dejado. Su enemigo había hecho igual maniobra que se repitió muchas veces con igual resultado.

Por fin el extranjero resolvió permanecer inmóvil, y esperando á que se acercara su adversario: entonces oyó como un ruido de copos de lana que cayeran sobre el entarimado; cuando este ruido llegó como á la distancia de tres piés, dió una puñalada en la direccion

en que creía encontrar el corazon de su enemigo, pero Stevens estaba inclinado hácia adelante disponiéndose tambien á herir, de modo que la punta del puñal le atravesó el ojo izquierdo y le entró profundamente en el cerebro. Al punto cayó; aquel había sido su postrer combate.

Cuando pasados los veinticinco minutos abrieron la puerta los padrinos, un horrible espectáculo se ofreció á sus miradas. El cadáver sangriento de Stevens yacía en el suelo, la cabeza separada del tronco y colocada como por burla, sobre su pecho; el puñal estaba hundido en el ojo casi hasta el mango.

Los espectadores que se habían quedado estupefactos gritaron al fin: — ¡Prended al asesino! prendedle. Pero en un segundo el extranjero desapareció sin que nadie pudiera decir por donde se había ido.

Yo le he encontrado hace algunos meses, añade el redactor, en San Antonio, en Texas; no puedo revelar su nombre, y solo diré que es hombre muy considerado y que se distinguió en la última guerra de Méjico.



Un fandango de mineros indios.